

**BOLETÍN**  
**DE LA**  
**ACADEMIA NACIONAL**  
**DE PERIODISMO**

**Año 6 - Nº 16**



**ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO**  
Buenos Aires  
2004



# Academia Nacional de Periodismo

## *Miembros de número*

MARTÍN ALLICA	JORGE HALPERÍN
ARMANDO ALONSO PIÑEIRO	RICARDO KIRSCHBAUM
NORA BÄR	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
ULISES BARRERA	LAURO F. LAÍÑO
RAFAEL BRAUN	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
NAPOLEÓN CABRERA	FÉLIX LUNA
CORA CANÉ	ENRIQUE J. MACEIRA
NELSON CASTRO	ROBERTO MAIDANA
JUAN CARLOS COLOMBRES	ENRIQUE M. MAYOCHI
JORGE CRUZ	JOAQUÍN MORALES SOLÁ
HÉCTOR D'AMICO	ALBERTO J. MUNIN
DANIEL ALBERTO DESSEIN	ENRIQUETA MUÑIZ
JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO	ENRIQUE OLIVA
FERMÍN FÈVRE	LEANDRO PITA ROMERO
ROBERTO A. GARCÍA	ANTONIO REQUENI
OSVALDO E. GRANADOS	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
MARIANO GRONDONA	ERNESTO SHOO
ROBERTO PABLO GUARESCHI	BARTOLOMÉ DE VEDIA

## *Miembros eméritos*

JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS

## *Miembros correspondientes en la Argentina*

EFRAÍN U. BISCHOFF (CÓRDOBA)  
LUIS F. ETCHEVEHERE (ENTRE RÍOS)  
CARLOS HUGO JORNET (CÓRDOBA)  
CARLOS LIEBERMANN (ENTRE RÍOS)  
JORGE ENRIQUE OVIEDO (MENDOZA)  
JULIO RAJNERI (RÍO NEGRO)  
GUSTAVO JOSÉ VITTORI (SANTA FE)

### ***Miembros correspondientes en el extranjero***

MARIO DIAMENT (ESTADOS UNIDOS)  
ARMANDO RUBÉN PUENTE (ESPAÑA)  
RAÚL URTIZBEREA (ESTADOS UNIDOS)

### ***Mesa Directiva***

Presidente:	JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Vicepresidente 1°:	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
Vicepresidente 2°:	ENRIQUE JOSÉ MACEIRA
Secretario:	ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Prosecretaria:	ENRIQUETA MUÑIZ
Tesorero:	ALBERTO J. MUNIN
Protesorero:	FERMÍN FÈVRE

### ***Comisión de Fiscalización***

Miembros titulares:	DANIEL ALBERTO DESSEIN NAPOLEÓN CABRERA CORA CANÉ
Miembros suplentes:	ULISES BARRERA ROBERTO MAIDANA

### ***Comisiones***

**Admisión:** BARTOLOMÉ DE VEDIA, ARMANDO ALONSO PIÑEIRO, ENRIQUE J. MACEIRA y ALBERTO J. MUNIN.

**Biblioteca, Hemeroteca y Archivo:** BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT, JORGE CRUZ y ULISES BARRERA.

**Concursos, Seminarios y Premios:** FERMÍN FÈVRE, ENRIQUE J. MACEIRA, ENRIQUETA MUÑIZ y ENRIQUE OLIVA.

**Libertad y Ética Periodística:** LAURO F. LAÍÑO, RAFAEL BRAUN, ALBERTO J. MUNIN, ENRIQUE J. MACEIRA, ENRIQUE OLIVA y BARTOLOMÉ DE VEDIA.

**Publicaciones y Prensa:** FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY, NORA BÄR, NAPOLEÓN CABRERA, JORGE HALPERÍN y ANTONIO REQUENI.

## Incorporaciones académicas

En reconocimiento a sus trayectorias, la Academia Nacional de Periodismo aprobó el 16 de junio la incorporación de dos nuevos miembros de número. Ellos son Ricardo Kirschbaum y Héctor D'Amico. El 20 de octubre designó, en la misma condición, a Ernesto Schoo y Leandro Pita Romero, y a Héctor Pérez Morando en calidad de miembro correspondiente en Neuquén.

Ocupará el sitial Roberto J. Noble el periodista Ricardo Luis Kirschbaum. El nuevo académico, de 54 años, se desempeñó hasta 1976 en *El Cronista Comercial*, donde fue jefe de Parlamentarias y Política. Pasó luego a *Clarín* como redactor de la sección Política y fue después prosecretario general, a cargo de las áreas de Política, Economía, Internacionales, Editoriales, Opinión y del Suplemento Zona. Desde 2003 es secretario general de Redacción de ese diario. Actuó como corresponsal de *Jornal do Brasil* y *Jornal de Brasilia*. En 1984 ganó el Premio Ortega y Gasset, otorgado por *El País*, de Madrid, y en 1987, el Premio Konex como analista político. Fue coautor, con Oscar Cardoso y Eduardo Van der Kooy, del libro *Malvinas, la trama secreta*. Es miembro consultor del Consejo Argentino de Relaciones Internacionales (CARI) y miembro de la Asociación de Periodistas.

Héctor Horacio D'Amico ocupará el sillón que lleva el nombre de Bernardo de Monteagudo. El Sr. D'Amico se graduó en la Escuela Superior de Periodismo de Buenos Aires y obtuvo un posgrado en Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Navarra, España. Fue redactor de la revista *Mercado* y jefe de redacción de *Somos y Gente*, así como subdirector de la revista *Siete Días* y director de *Noticias*. Desempeñó la corresponsalía de la Editorial Abril en los

Estados Unidos y desde octubre de 2001 es secretario general de Redacción del diario *La Nación*. Obtuvo las becas American Field Service y Adkion Adveniat; realizó cursos de edición de revistas y fotografía periodística en *Newsweek* y *Time*, respectivamente. En 1997 fue distinguido con el Premio Konex en la categoría Mejor Editor de Revistas.

Schoo, de extensa y fecunda trayectoria en la labor periodística, es desde hace varios años colaborador y crítico teatral de *La Nación*. Desarrolla una activa labor en favor del fortalecimiento de los valores culturales y es miembro del directorio del Fondo Nacional de las Artes.

Nacido en Buenos Aires en 1925, ejerció el periodismo en distintos medios gráficos del país, como *Primera Plana*, *La Opinión* y *Convicción*, entre otros. Además de su desempeño en *La Nación*, dirigió suplementos culturales de los diarios *Tiempo Argentino*, *La Razón* y *El Cronista*.

A lo largo de su trayectoria, ha sido distinguido con el premio Konex 1987 en la categoría Comunicación y Periodismo y con el de Letras, en 1994, entre otros reconocimientos.

En 1989 obtuvo el Primer Premio Municipal de literatura por su recopilación de relatos *Coche negro, caballos blancos*. Es autor, además, de las novelas *Función de Gala*, *El baile de los guerreros*, *El placer desbocado*.

En 1994 fue finalista del certamen literario de Editorial Planeta con su novela *El tango del paraíso*. Su último libro se titula *Pasiones desbocadas*.

El nuevo académico ocupará el sillón Carlos Pellegrini.

Por su parte, Leandro Pita Romero, de 75 años, nació en La Coruña, España. Allí transcurrió su primera infancia. En 1938 llegó al país junto con su familia, que debió exiliarse como consecuencia de la Guerra Civil Española.

Abogado y periodista, ejerció ambas profesiones durante más de cuatro décadas. Se jubiló en 1996, cuando ocupaba un alto cargo directivo en el diario *La Prensa*.

Había ingresado en ese matutino en 1956 como cronista especializado en política internacional. Fue luego editorialista, secretario de Redacción y subdirector, entre otras funciones.

En 1969 ganó el premio periodístico de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA) por una serie de notas sobre la revolución militar peruana durante la década del '60.

Paralelamente, se especializó en derecho aeronáutico y fue asesor jurídico de distintas empresas españolas radicadas en el país, como Iberia, el Banco Exterior de Madrid y el Banco Pastor de La Coruña.

Fue también colaborador de *La Semana*, *La Noticia*, *Aquí y Ahora* y *Para Ti*.

Leandro Pita Romero ocupará el sillón que lleva el nombre de Alberto Gainza Paz.

Héctor Pérez Morando, radicado en la Patagonia desde hace más de cuarenta años, dirigió en Cipolletti, provincia de Río Negro, el semanario *Tribuna Cipoleña*. Fue director de asuntos municipales y realizó investigaciones sobre la historia patagónica. Presidió la filial Río Negro de la Sociedad Argentina de Escritores y actuó después como director de prensa del Chubut. Participó en congresos de historia regional y publicó libros sobre ese tema, así como de cuentos y poesías que obtuvieron diversos premios. En 1998 recibió el Primer Premio de ADEPA en Cultura e Historia. Fue corresponsal y colaborador de diarios, revistas y radios de la zona patagónica. En 2004 cumplió 50 años de periodismo y 25 como columnista del diario *Río Negro*. Actualmente dirige la Biblioteca Patagónica, con asiento en El Chocón.





# Poetas en el periodismo

Por Antonio Requeni

*En la sala de actos del Museo Mitre se efectuó la incorporación del periodista Antonio Requeni como miembro de número. Durante la reunión, el 20 de mayo, el nuevo académico disertó sobre "Poetas en el periodismo". Lo presentó el vicepresidente 1º Bernardo Ezequiel Korembli. Lo que sigue es el texto de su discurso.*

En primer término agradezco a la Academia Nacional de Periodismo, en la persona de José Claudio Escribano, mi designación como miembro de número. Desde ya, me comprometo a hacer todo lo posible para merecer y justificar esa distinción. Mi gratitud, luego, para Bernardo Ezequiel Korembli por su generosa y, como todas sus exposiciones, brillante presentación. Alguna vez dije, y lo repito ahora, que con Korembli somos amigos desde antes de nacer, pues por lo menos antes de que yo naciera, su padre y mi padre eran amigos. Esa circunstancia explica el afecto, más que la justicia, de sus palabras.

La tradición académica indica que el nuevo miembro, al incorporarse, rinda homenaje a quien lleva el nombre del sitio que le ha sido asignado, en este caso Ezequiel P. Paz, director de *La Prensa*, uno de los medios periodísticos más importantes del país durante la primera mitad de siglo XX, en cuya redacción me desempeñé entre mediados de 1958 (ingresé el día en que asumió la presidencia Arturo Frondizi) y los últimos días de 1994. Don Ezequiel Paz había muerto en 1953, así que cuando entré al diario todavía quedaban antiguos redactores que lo había conocido, entre ellos, Alfonso Núñez Malnero, mi predecesor en este sillón, periodista que en 1953 pagó con la cárcel y la tortura su lealtad a *La Prensa* y a quien quiero dedicar un cariñoso recuerdo.

Don Ezequiel Paz, hijo del fundador José C. Paz, dirigió el diario desde 1898 hasta 1943. Fue bajo su dirección cuando *La Prensa*

alcanzó reconocido prestigio. De los 700 ejemplares que se imprimieron al aparecer el diario, en 1869, llegó a 150.000 en 1910 y a más de 500.000 en la década del '30. *La Prensa* fue nominada como uno de los diez mejores periódicos del mundo, y Ezequiel Paz, uno de los grandes periodistas latinoamericanos. Al cumplirse el quincuagésimo aniversario del diario, don Ezequiel Paz pronunció un discurso que hizo suyo, en 1950, la Conferencia Interamericana de Prensa, consagrándolo como Credo de la Ética Periodística. De ese mensaje quiero extraer unos pocos párrafos: “Informar con exactitud y con verdad, no omitir nada de lo que el público tenga derecho a conocer; usar siempre la forma impersonal y culta sin perjuicio de la severidad y la fuerza del pensamiento crítico... cuidar de que en las informaciones no se deslice la intención personal del que redacta, porque ello equivaldría a comentar, y el cronista o reportero no debe invadir lo reservado a otras secciones del diario; recordar, antes de escribir, cuán poderoso es el instrumento de la difusión que se dispone... Y por último, inscribir con letras de oro en lugar preferente, bien a la vista, sobre la mesa de trabajo, las palabras de Walter Williams, insigne hombre de prensa norteamericano: ‘Nadie debe escribir como periodista lo que no pueda decir como caballero’”.

Y entraré, ya sin más, en el tema fijado para esta charla: “Poetas en el periodismo”. Por supuesto, voy a referirme —sin pretensión de exhaustividad— a los poetas que en nuestro país fueron periodistas o a los periodistas que fueron poetas. Ya desde la época fundacional, las dos actividades aparecieron unidas más de una vez. Roberto Giusti, en el capítulo “Las letras durante la Revolución y el período de la Independencia”, que integra la *Historia de la Literatura Argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, dijo: “La poesía de la Independencia es una forma de periodismo. Al modo de ardorosas proclamas guerreras celebran el advenimiento de la nueva Nación, la rendición de Montevideo, los triunfos de Belgrano y las victorias de San Martín”. Entre esos poetas que informaron en verso sobre las gestas patrióticas, sobresalen los nombres de Esteban de Luca, Juan Crisóstomo Lafinur, fray Cayetano Rodríguez, Vicente López y Planes, Bartolomé Hidalgo y Juan Cruz Varela. Me detendré un momento en este último porque, además de sus inflamadas estrofas patrióticas, fue redactor de

diarios como *El Telégrafo Mercantil*, *El Argos de Buenos Aires*, *La Abeja Argentina*, *El Mensajero Argentino* y *El Centinela*. Luis Alberto Murray, poeta y periodista de *Clarín*, publicó hace algunos años una selección de textos humorísticos argentinos en la que rescató un curioso testimonio poético de Juan Cruz Varela:

Dile un beso a mi adorada  
y provoqué sus sonrojos;  
le di dos, cerró los ojos  
y se quedó desmayada.  
En causa tan apurada  
comencé yo a gritar: ¡Luz!  
Y ella me dijo: Juan Cruz,  
¿no ves la puerta cerrada?  
¿o no sabes, avestruz,  
para qué estoy desmayada?

Juan Cruz Varela, tanto como otros proscriptos durante el régimen de Rosas, colaboró periodísticamente en *El Iniciador*, diario fundado por el uruguayo Andrés Lamas y por Miguel Cané (padre). Otros poetas que colaboraron en dicho periódico fueron Florencio Balcarce y Luis L. Domínguez, el autor de los famosos versos:

Cada comarca en la tierra  
tiene un rasgo prominente;  
el Brasil su sol ardiente,  
minas de plata el Perú.  
Montevideo su cerro.  
Buenos Aires, patria hermosa,  
tiene su pampa grandiosa,  
la pampa tiene el ombú.

José Mármol, autor de una célebre invectiva poética contra Rosas, fundó durante su destierro en el Uruguay varias publicaciones, entre ellas, la revista *La Semana*, en cuyas páginas aparecieron capítulos de su novela *Amalia*.

Bartolomé Mitre, joven poeta y artillero, dejó su exilio de Montevideo en 1847. Estuvo primero en Río de Janeiro, después en Valparaíso y desde allí se trasladó a Bolivia. En La Paz, además de fundar el Colegio Militar, fue redactor del diario *La Época*, donde dio a conocer su novela *Soledad*. En 1948 volvió a Chile, integró la redacción de *El Comercio*, de Valparaíso y fundó *El Progreso* en Santiago. Tras la victoria de Caseros y la restauración de la libertad de imprenta, dirigió en Buenos Aires *Los Debates* y participó en *La Avispa* y *El Padre Castañeta*, donde se publicaban versos satíricos. En 1854, Mitre reunió su producción poética en el libro *Rimas*. Posteriormente concretaría dos de sus máximas creaciones en una y otra disciplina: el diario *La Nación*, en 1870, y la traducción de la *Divina Comedia*, que había iniciado años atrás.

Algunos poetas gauchescos como Estanislao del Campo, que fue linotipista, e Hilario Ascasubi, ejercieron también el periodismo, pero quien más descolló en ambos menesteres fue el autor de nuestro poema nacional: José Hernández. En su ensayo *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, publicado por esta Academia, nuestro colega Enrique Mario Mayochi ha realizado una pormenorizada relación acerca de la acción, las ideas y, especialmente, la actividad periodística del autor del *Martín Fierro*; su desempeño como corresponsal de *La Reforma Pacífica*, su labor destacada aunque efímera en *El Nacional Argentino* y luego en *El Argentino*, diario urquicista en el que, sin embargo, no dejó de criticar al caudillo entrerriano. Más tarde, en 1867, Hernández dirigió *El Eco de Corrientes*. En 1869, ya en Buenos Aires, fue director y redactor de *El Río de la Plata*, donde colaboró el poeta Carlos Guido Spano y en el que Hernández, según Mayochi, dijo en prosa lo que después expresaría en las famosas sextinas del *Martín Fierro*. Su posición política, opuesta a las de Mitre y Sarmiento, lo llevó a desterrarse en Montevideo, donde colaboró en *La Patria*, de su amigo Héctor Soto. De vuelta en Buenos Aires, en 1873, publicó como folletín, en el diario *La Prensa de Belgrano* (que dirigía su hermano Rafael), el poema *El gaucho Martín Fierro* y otras colaboraciones en versos que hoy llamaríamos “de protesta”. En 1876, Hernández siguió incursionando en el periodismo; publicó, además, versos satíricos en *El Bicho Colorado* y *Martín*

*Fierro*, periódico este último que se transformaría en *La Ilustración Argentina*. Después, hasta su muerte, en 1886, se ocupó de tareas literarias, de su labor legislativa y la actuación como funcionario en el partido de Belgrano. Mayochi termina su trabajo con el siguiente párrafo: “Ningún hombre de prensa se animaría hoy a discutir, negar o contradecir los principios cívicos, sociales y económicos que él sostuvo y quiso para el pueblo argentino. Lo otro, la asunción de posturas políticas ocasionales o los ataques llevados contra este o aquel compatriota cuyas estatuas se alzan hoy en el territorio patrio —como también está la suya— pertenecen a lo olvidable, a lo dejado de lado por no fundamental u ocasional”.

Lamento tener que contradecir a mi querido Mayochi. Existe algún busto, pero, aunque parezca increíble, no se alza ninguna estatua dedicada a José Hernández. En 1934, hace setenta años, el Congreso votó la ley 12.108 por la que se resolvía la creación de un monumento al ilustre poeta y periodista. En 1984, hace veinte años, el Senado de la Nación votó por unanimidad una comunicación al Poder Ejecutivo para que se cumpliera aquella ley. Se habló entonces de llamar a concurso de escultores de la Argentina, Uruguay y Brasil — los países donde Hernández vivió y fueron escenarios del gaucho—, para emplazar luego la estatua en los jardines de la Biblioteca Nacional, pero la iniciativa cayó en el olvido. Por lo tanto, no tenemos ninguna estatua que recuerde a nuestro gran bardo nacional, al menos aquí en Buenos Aires. Ignoro si existe en alguna provincia.

La generación del '80 no tuvo muchas figuras relevantes que juntaran el ejercicio poético y el periodístico. Podríamos mencionar a Olegario Víctor Andrade, aunque es un poco anterior. El autor de *El nido de cóndores* vivió más del periodismo que de la poesía (en realidad, como casi todos los poetas), trabajando en diarios de Gualeguaychú. Otros fueron Eugenio Díaz Romero, autor de los libros *La lámpara encendida* y *El templo umbrío*, quien fundó en 1898 *El Mercurio de América*; el ya mencionado Carlos Guido Spano, y Juan Chassaing, uno de los redactores de *Don Quijote*, semanario de crítica y costumbres, que murió a los 28 años pero dejó un poema de veinte versos de los cuales ha quedado el recuerdo de estos dos endecasílabos:

Página eterna de argentina gloria,  
melancólica imagen de la patria.

A fines del siglo XIX llegó a Buenos Aires Rubén Darío, quien introdujo el Modernismo en la poesía de lengua española e instauró aquí la costumbre de las peñas y tertulias bohemias en las que intervino más de un periodista con pretensiones poéticas, tales como Charles de Soussens, Alberto Ghirardo (el activo animador de *La Protesta*), Diego Fernández Espiro, Leopoldo Díaz y el boliviano Ricardo Jaimes Freire, con quien Darío creó *La Revista de América*. Jaimes Freire fue el autor de unos versos que Borges cita como representativos de una poesía donde la eufonía reemplaza el sentido: “Peregrina paloma imaginaria/ que enardeces los últimos amores./ Alma de luz, de música y de flores./ Peregrina paloma imaginaria”. Desafío a cualquiera de ustedes a que explique el significado de estos versos. No dicen nada. Son mera música verbal. Como es sabido, Darío trabajó en *La Nación*, diario del que sería luego corresponsal en España. Una tarde me encontré en el subterráneo con don José A. Oría, quien fue presidente de la Academia Argentina de Letras y un gran erudito. Me contó entonces la siguiente anécdota: Antes de ingresar en *La Nación*, Darío trabajó en *La Prensa*. Lo destinaron a la sección “Sociales”, pero a las dos semanas lo echaron “porque no sabía escribir”. El relato de esta anécdota me llenó de confusión e inquietud; hacía muchos años que yo trabajaba en *La Prensa* y nunca habían amenazado con echarme. Oría conjeturaba que el estilo preciosista del nicara-güense distaba mucho de la prosa sobria y austera del diario de los Paz. Traté de corroborar el dato en el diario pero el archivo de personal de aquella época ya no existe.

Nuestro mayor poeta del período modernista, Leopoldo Lugones, también ejerció el periodismo. Con el seudónimo Gil Paz escribió en diarios de Córdoba. Ya en Buenos Aires, fundó con José Ingenieros el periódico *La Montaña*, en el que trabajó como periodista el poeta Juan Pedro Calou. Colaboró Lugones en *La Nación* y, en 1904, en París, fundó *La Revue Sudamericaine*.

Un poeta que trabajó como periodista en diarios de Mercedes, Chacabuco y Trenque Lauquen, en la provincia de Buenos Aires, fue

Pedro B. Palacios, Almafuerte. También hizo periodismo el poeta Joaquín Castellanos, el autor del popular poema *El borracho*, que en cierta época, por imposición de la censura, debió ser rebautizado con el título *El temulento*.

El 8 de octubre de 1898 apareció el primer número de *Caras y Caretas*, la revista semanal que durante varias décadas leyó todo el país sin distinción de clases sociales. Bernardo González Arrili escribió que fue una escuela donde practicaron y perfeccionaron sus aptitudes poetas y prosistas, casi sin excepción. La revista fue idea del periodista español Luis Pardo, que firmaba con el seudónimo Luis García, y el dibujante José María Cao, quienes convocaron a José S. Alvarez, fray Mocho; Bartolito Mitre, hijo de don Bartolo, Eustaquio Pellicer y Manuel Mayol. Sin embargo, el alma del semanario fue Luis García, quien durante años –según González Arrili– “ayudó a caricaturizar con el filo y la punta de sus versos a cuanto político actuó en nuestros escenarios nacionales, provinciales o parroquiales. El hombre del día en la caricatura contemporánea de *Caras y Caretas* tomaba categoría después de que se ocuparan de él el lápiz fino de Cao y le plantara Pardo la banderilla de su cuarteta”. Cuando Darío vino por tercera y última vez a la Argentina, en 1912, apareció en la tapa de la revista su imagen, caricaturizada por Cao, y los siguientes versos de Luis García:

Es del arte experto nauta,  
 buzo y bonzo, de las perlas costosísimas se incauta  
 y en la flauta de sus rimas las incrusta pronto y bien.  
 La gran flauta, la gran flauta,  
 la gran flauta de Rubén.

Luis García también comentaba en versos humorísticos los principales hechos de la actualidad. En una ocasión, con motivo de una fuga de presos de la cárcel de Las Heras, escribió al pie de un dibujo que reproducía a los reclusos escapando por un túnel:

A estos presidiarios úneles  
 su gran pasión por los túneles.

Eran los días de la “belle époque”, a la que siguieron los llamados “años locos”, es decir el período inmediatamente posterior al término de la guerra del ’14-’18, época de relativa bonanza signada por los grandes inventos: el automóvil, el aeroplano, el cine mudo, la radio, así como el jazz y el tango, vinculados con una bohemia protagonizada especialmente por periodistas, músicos y poetas.

Los periodistas eran empleados de los grandes diarios, *La Nación* y *La Prensa*, de *Caras y Caretas* y de otras publicaciones que, en esos años, empezaron a conquistar grandes masas de lectores. El más difundido fue *Crítica*, vespertino fundado por el uruguayo Natalio Botana, quien convocó a los mejores poetas y narradores jóvenes, muchos de los cuales resultaron periodistas brillantes. Recordemos, entre los poetas, a Raúl González Tuñón, Conrado Nalé Roxlo, Leopoldo Marechal, Luis Cané, Nicolás Olivari, González Carbalho, César Tiempo, Tomás Allende Iragorri, Carlos de la Púa, Santiago Ganduglia y Ulises Petit de Murat, quien dirigió con Jorge Luis Borges el suplemento literario de *Crítica*, la “Revista Semanal de los Sábados”. También fueron periodistas de *Crítica* muchos otros escritores que por ser prosistas, no poetas, omito mencionar. Sin embargo, permítanme nombrar a uno solo porque tiene el mérito de ser el único sobreviviente de aquella legendaria redacción: Bernardo Ezequiel Koremblit, que entró a trabajar en el diario cuando tenía 17 años.

Algunos de los poetas mencionados pasaron luego a trabajar en otros medios de prensa: César Tiempo, en *El Sol*, también de Botana, y en *Atlántida*, donde firmaba con el seudónimo “Full Time” imperdibles reportajes; González Carbalho y Santiago Ganduglia se mudaron a *Noticias Gráficas*, y Conrado Nalé Roxlo, a *El Mundo*. Fue *El Mundo* un matutino que también congregó a excelentes poetas en sus mesas de redacción: Carlos Mastronardi, Horacio Rega Molina, Roberto Ledesma, Córdova Iturburu, Octavio Rivas Rooney y Martín Campos, entre otros. Voy a contar una anécdota en la que intervienen dos poetas-periodistas. Me la contó uno de ellos, Raúl González Tuñón. El otro es Nalé Roxlo (con ambos tuve el privilegio de mantener una larga amistad). Nalé había publicado ya su libro *El grillo* y era un escritor reconocido. Raúl, varios años menor, era todavía un poeta bisoño. Una tarde, el adolescente encontró a Nalé en un café; se



presentó y le leyó un poema. Nalé le dijo que tenía indudables aptitudes pero que debía liberarse de las influencias de Carriego y Héctor Pedro Blomberg, pues pesaban demasiado en sus versos. Dos o tres años después, Raúl andaba por La Rioja y allí volvió a encontrar a Nalé Roxlo, a la sazón empleado de la intervención de Mora y Araujo. Otra vez se le acercó y le leyó gran cantidad de poesías para que el poeta mayor dictaminara si se había desprendido de aquellas influencias. Fue entonces cuando Nalé escribió lo siguiente:

De versos trajo un baúl,  
Raúl.  
Los trajo para mis males,  
González.  
Ya me ha leído un montón,  
Tuñón.  
Que se te lleve un ciclón  
tus versos, hoja por hoja,  
y bien lejos de La Rioja,  
Raúl González Tuñón.

Conocida es la regocijante vena poética de Nalé Roxlo. Un día murió el almacenero de la esquina y la viuda le pidió que le escribiera un epitafio, pero que los clientes no creyeran que el almacén se cerraba. Y Nalé escribió el siguiente epitafio:

Aquí yace Juan Quirós,  
el honrado almacenero  
del almacén de Salguero  
mil quinientos treinta y dos.  
La muerte, con mano ruda,  
se llevó a este hombre de bien,  
pero ha quedado la viuda  
al frente del almacén.

Un antiguo periodista de *Crítica*, que firmó allí crónicas deportivas con el seudónimo Canela, fue Luis Cané. Cané recaló en sus

últimos años en *Clarín*, donde dirigió hasta 1957, año de su muerte, el suplemento literario. Fue autor de hermosas e intencionadas coplas como aquella tantas veces citadas:

Inútil querer ser buenos  
y portarnos como hermanos.  
Si tú no tuvieras senos.  
Si yo no tuviera manos.

En una ocasión escribió la siguiente copla:

Niñas, como voy de paso,  
no penséis hacerme bodas.  
Soy el que baila con todas  
y con ninguna me caso.

Sin embargo, Luis Cané casó con una muchacha mucho más joven que es hoy nuestra colega Cora Cané, quien desde la muerte de su marido sigue redactando todos los días, desde hace 47 años, la sección iniciada por él, "Clarín Porteño". En *Clarín* trabajaron además los poetas Lisardo Zía, José Portogalo, Eduardo Baliari, Luis Alberto Murray y Raúl González Tuñón en sus últimos años. Evar Méndez, el fundador del periódico *Martín Fierro*, donde colaboraron prácticamente todos los poetas importantes dados a conocer en la década del '20, fue redactor de *La Razón*, como posteriormente lo serían Carlos Carlino y el muy joven Ramiro de Casasbellas, quien más tarde fue nombrado por Timmerman subdirector de *Primera Plana*. Augusto González Castro estuvo mucho tiempo al frente de *El Hogar*, revista dirigida en la década del '50 por el poeta Vicente Barbieri. Joaquín Gómez Bas, poeta, aunque más conocido por su hermosa novela *Barrio Gris*, dirigió *Atlántida*; los socialistas Dardo Cúneo, y antes Mario Bravo, tampoco demasiado conocidos como poetas pero autores ambos de varios libros de versos, fueron redactores de *La Vanguardia*. Crítico de teatro de *El Hogar*, afincado luego en *La Nación*, el poeta y humorista Enrique Méndez Calzada fue uno

de los primeros directores del suplemento literario del diario de los Mitre. Enviado como corresponsal a Europa, presencié la ocupación de París por las tropas de Hitler. Con incurable tendencia a la depresión, a pesar de ser un humorista brillante, se trasladó a Barcelona y allí se pegó un tiro. Antes había escrito un poema en el que decía:

Siempre igual, siempre igual,  
y si esto fuese eterno.  
No, porque si supiese  
que la sombra del tedio siempre me seguiría,  
preferiera mil veces una bala certera  
a morir abrumado por la monotonía.  
Mejor es eso que una vulgar enfermedad.  
Al fin y al cabo tengo cierta curiosidad  
por conocer el mundo que nos promete Cristo.  
Lo que hay que ver en éste, demasiado lo he visto.

En *La Nación* también se desempeñaron Margarita Abella Caprile, sensible y refinada poetisa, Alvaro Melián Lafinur y Manuel Mujica Lainez, eminente novelista este último y, además, autor de los alejandrinos de un bello *Canto a Buenos Aires*. Más próximos en el tiempo: Horacio Armani, César Rosales, Nicolás Cócaro, Ángel Bonomini, Gustavo García Saraví, Oscar Hermes Villordo; Raúl Vera Ocampo, que también fue periodista de *La Opinión*, Osvaldo Rossler; nuestro colega Fernando Sánchez Zinny, Daniel Amiano y Willy Bouillon.

Vuelvo a Manuel Mujica Lainez para señalar que además de los hermosos versos de su *Canto a Buenos Aires*, escribió muchos poemas circunstanciales, por lo general humorísticos, dedicados a sus compañeros del periodismo y la literatura. Hace poco, nuestro colega Jorge Cruz donó a la Academia Argentina de Letras, de la que es vicepresidente, las hojas manuscritas que Manucho le regaló y que llevan por título "Cancionero de La Nación". En esas páginas leemos dos admirables sonetos que escribió para sus maestros del periodismo cuando ingresó en *La Nación*: Alberto Gerchunoff y Alvaro Melián Lafinur.

*Soneto con estrambote para Alberto Gerchunoff*

De la frase resonante,  
 en el burilar, experto,  
 es éste rotundo Alberto,  
 del laúd y el olifante.

Su cháchara cautivante  
 vida devuelve a lo muerto,  
 y sabe del carbón yerto  
 chispas sacar de diamante.

Del malabarista, asombro,  
 del ramplón prosista, cuervo;  
 del ripioso, halcón acerbo,

hoy lo saludo y lo nombro  
 del Adjetivo, Emisario,  
 y Enviado Extraordinario

—y arbitrario  
 del Verbo—.

Y este otro Soneto para Don Alvaro Melián Lafinur, escrito como el anterior en 1932:

Este, magro y entallado,  
 que rima con noble afán,  
 es Don Alvaro Melián,  
 el del chaleco cruzado.

Yo lo veo, arrebuñado  
 con desdeñoso ademán,  
 en un capote alemán,  
 bajo el galerón calado.

Porque es romántico y leve  
y muy siglo diecinueve  
y blasonado y añejo...

Y cuando nadie lo mira,  
la mano al pecho, suspira  
frente al solitario espejo.

Esa regocijante capacidad versificadora que acompañó a Manucho hasta el final de sus días la aplicó también a periodistas de generaciones posteriores a la suya, como en el caso de la siguiente cuarteta:

En este mundo de vermes  
es mejor hacerse el sordo.  
¿No te parece Oscar Hermes  
Villordo?

O estos versos que le dedicó a la poeta Alejandra Pizarnik:

Como el buzo en su escafandra  
y el maniático en su tic,  
me refugio en ti, Alejandra  
Pizarnik.  
Oh tú, ligera balandra,  
Oh literario pic-nic,  
con tu aire de salamandra  
modelada por Lalique.  
¡Oh Alejandra, oh mi Casandra  
chic!

Mientras tanto, pasaron por *La Prensa* los poetas Fernán Félix de Amador, González Carbalho, Jorge Calvetti, Oscar Hermes Villordo, Juan José Hernández, Jorge A. Paita, David Martínez, Alberto Arbonés, Santiago Sylvester y la persona que ahora les está hablando, siempre que ustedes no se opongan a que se autoconsidere poeta, además de periodista. Pero llegado a este punto, deseo referirme con más

detenimiento a uno de nuestros más altos y nobles líricos, que trabajó también en *La Prensa*: Enrique Banchs. Banchs ingresó al diario, cuando era adolescente, como ascensorista. Don Ezequiel Paz observó que el muchacho cumplía su función siempre con un libro bajo el brazo. Al interrogarlo, advirtió que no era un ascensorista común y lo llevó a trabajar junto a él, como su secretario privado. El autor de *La urna* y *El cascabel del halcón* fue después redactor y se jubiló como jefe de editoriales. Tuvo, además, el mérito de crear la primera página periodística dedicada a los niños. Aparecía los domingos en el suplemento literario y se titulaba “Para leer al hermanito”. Allí publicó Banchs, con varios seudónimos, muchos cuentos infantiles.

Otros poetas periodistas fueron Olga Orozco, en *Claudia* y otras revistas de la editorial Abril; Carlos Velazco en *Panorama*; Alicia Dujovne Ortiz, el ya mencionado Raúl Vera Ocampo, Juan Gelman y Jorge Zunino en *La Opinión*; Fermín Chávez, Ricardo Zelarrayán, Daniel Chirom, Jorge Ariel Madrazo, Jorge Boecanera, Miguel Ángel Bustos, Jorge Aulicino, Vicente Muleiro, Marcelo Moreno y Fabián Casas, en *Clarín*. Agrego aquí al dibujante Hermenegildo Sábat, que escribió los libros de poemas *Homenajes* y *Panteón de los héroes*. No quiero olvidar a Mónica Tracey, poeta y periodista en publicaciones de la editorial Perfil; Daniel Giribaldi en *Crónica*; Jorge Dorio en *Tiempo Argentino* y Daniel Link en *Página 12*. Hubo poetas que trabajaron en una sección clave de la labor periodística y que las computadoras han desplazado; me refiero a los correctores: Antonio Vázquez Escalante, en *La Nación*; Lucas Moreno, en *La Prensa*; Rubén Derlis, en *Clarín*, y Joaquín Giannuzzi en *Crónica*.

Mi intención ha sido mencionar a los poetas que transitaron por nuestros medios de prensa, sin pretensiones de agotar la nómina. Me pongo así, cautelosamente, a resguardo de posibles omisiones. Pero antes de terminar, permítanme que regrese a *La Prensa*, mi segundo hogar durante más de treinta años. Allí tuve el privilegio de trabajar todos los días junto a un notable poeta, Jorge Calvetti. Calvetti y yo, sentados uno al lado del otro, éramos los encargados de redactar no sólo crónicas, reportajes y comentarios, sino también las necrologías. Recuerdo que el secretario de Redacción, Ricardo Constenla, para

sugerirnos la extensión e importancia que debíamos dar a cada obituario, nos indicaba: un entierro de dos caballos, de cuatro caballos, y si el muerto era una figura relevante, de ocho o dieciséis caballos. Cuando no encontrábamos suficientes datos en el archivo, debíamos pedirselos a los deudos llamándolos por teléfono. Esta tarea inspiró a Calvetti el siguiente poema titulado “Necrológica”:

Tomo un teléfono enlutado  
y llamo donde está la muerte;  
el llamado como una mano  
se extiende infinitamente;  
atraviesa la ciudad toda;  
avenidas, barreras, puentes,  
y llega junto a un destino  
en el que nada más sucede.  
Llegan mi voz y mis preguntas.  
(No tengo tarjeta de pésame).  
Allí está la muerte sola.  
(Sola, aunque rodeada de gente).  
“El señor nació...” me dicen,  
yo anoto cuidadosamente.  
Todos buscan en la memoria  
los serios honores terrestres:  
medallas, banquetes, diplomas,  
lo que olvidamos diariamente.  
(Nadie sabe quién sabe menos:  
los que hablan o el indiferente).  
Sigo anotando lo que dictan  
que es, más o menos, lo de siempre.  
Luego escribo unas pocas líneas  
en las que caben vida y muerte.  
Y después corrijo las pruebas.  
No puedo corregir la muerte.

Calvetti escribió varios poemas relacionados con el oficio periodístico. Voy a leer unos de ellos titulado, precisamente, “El periodismo”:

Todos, estoy seguro,  
se conmovieron en algún momento,  
al leer el diario, ayer.  
En todas partes, aquí, en el otro mundo  
ocurrieron cosas importantes:  
un principio de acuerdo  
entre la India y Pakistán;  
la huelga de los mineros en Malargüe,  
ese preso torturado  
que no delató a nadie.  
El diario, ayer,  
latía con el pulso del mundo  
y ahora lo veo envolviendo fruta,  
arrugado, en el suelo,  
constelado por manchas de pintura  
donde están pintando,  
cubriendo el pecho de un borracho  
dormido en un zaguán.  
El viento lo lleva por todos los rincones  
y allá se van  
imágenes del mundo, hechos,  
caras posibles de la entrevista Realidad.  
Y con ellas, volando hacia la nada,  
nuestros pobres, ateridos destinos.

Algunas noches, poco antes de las 12, sonaba el teléfono del escritorio que compartía con Calvetti y uno u otro oía la voz de Daniel Giribaldi que, parafraseando el verso de Rubén Darío, exclamaba: “¡Torres de Dios, poetas!” Daniel Giribaldi era periodista de *Crónica* y autor de magníficos sonetos lunfardescos. Cuando nos llamaba a esa hora era para darnos cita, un rato más tarde, en un bar infecto-contagioso, como lo había calificado Calvetti, que estaba en la Avenida de Mayo, junto al restaurante Pedemonte. Más de una vez nos encontramos allí, al terminar nuestros respectivos trabajos, Giribaldi, Calvetti y yo, junto con otros dos periodistas de La Prensa: José Luis Macaggi, autor de un *Diccionario Gardeliano*, y Hernán



Giménez Zapiola. Nos servían sendos vasos de vino y unos platitos con porciones de tortilla o fiambre. Yo, el más virtuoso, tomaba solamente el vaso de vino, o medio, y al rato me despedía para regresar a casa mientras los compañeros seguían “hasta altas copas de la madrugada”.

En su vida exterior, Giribaldi jugaba a parecerse a lo que en porteño llamamos un “reo”. Tal vez lo fuera de verdad. Recuerdo una medianoche de invierno en que la niebla invadía una Avenida de Mayo despoblada y fría, casi fantasmal. Caminábamos con nuestro amigo en dirección al bar cuando una prostituta, desde la vereda de enfrente, lo saludó con el brazo levantado: ¡Chau, Giribaldi!

Giribaldi murió en 1985, a los 54 años, y como correspondía en él, de una cirrosis hepática. Como poeta, encontró en el lunfardo la mejor manera de expresar su talento. Un lunfardo a ratos metafísico, con el que acertó a transmitir no sólo una visión entre crítica y humorística de la idiosincrasia y las costumbres del hombre de Buenos Aires, sino sus propias preocupaciones existenciales y hasta sus inquietudes religiosas. Hombre de extensa cultura, gran lector de Quevedo y traductor de Baudelaire (él lo llamaba Carlitos Baudelaire...), vivió para la noche, las copas y los amigos, y para servir a la poesía, esa diosa cuyo resplandor, según Calvetti, también alumbraba la noche de los bodegones. Y como servidor que era, se consideró, humildemente, menos poeta y periodista que artesano de la palabra. Con el soneto titulado, precisamente, “El artesano”, de “Bien debute y a la gurda”, libro que tuve el privilegio de presentar una noche en *El Viejo Almacén*, quiero poner término a esta charla un tanto deshilvanada sobre poetas y periodistas. El soneto de Giribaldi comienza con un juego paródico en el que imita los versos iniciales de una famosa composición de Darío: “Yo soy aquel que ayer nomás decía / el verso azul y la canción profana...” Giribaldi escribió:

Yo soy aquel que ayer nomás batía  
el verso mugre y la canción ranera.  
El que casi amasija a una mechera  
que el mate le cebó con agua fría.

El que quilombizó la taquería  
la vez que cayó en cana en la tercera,  
cuando escribió en una pared fulera:  
¡Quevedo volverá! La Poesía...

El trompa y el peonacho de la rima,  
el que apiló palabras a destajo,  
el que en la viola fue bordona y prima.

Y al fin de su jornada de trabajo  
siente que el mundo se le viene encima  
y canta un mundo que se viene abajo.

# La moral de la prensa

Por Luis F. Etchevehere

*El periodista Luis F. Etchevehere se incorporó el 26 de Agosto en la sala Augusto R. Cortázar de la Biblioteca Nacional como académico correspondiente por Entre Ríos y fue presentado por el Dr. José Claudio Escribano. El siguiente es el texto de su incorporación.*

## I. Matrices y condicionamientos

La modernidad es la tentativa de construir el mundo exaltando la libertad y ésta, a su vez, fundada en la bondad de lo humano. En efecto, quién querría poner en libertad a un monstruo cegado para siempre por el pecado original.

No en vano Kant llamaba a Rousseau el Newton de la ciencia moral. Y Rousseau funda tanto la política y la educación en la libertad mediante la figura del contrato, en la primera, y la no imposición, en la segunda.

Se habla hoy de la posmodernidad y se dice que su antecesora ha sido, irremediadamente, superada. Pero el abandono del humanismo no sólo no significaría algo nuevo sino el regreso a un mundo oscuro que unido a nuestra capacidad técnica para destruir no tendería a esa luz decadentista, pero neutra, como la presenta Lipovetsky, sino a un activismo demencial y demoníaco.

Si el programa modernista es la libertad, una consecuencia natural es abolir las trabas al afán de lucro y poner en lugar del simple intercambio de mercaderías un aditamento y una finalidad que es, precisamente, la ganancia. No se comercia para intercambiar, se comercia para ganar dinero: es, en otras palabras, el sistema capitalista, reconozcámoslo, junto a la ciencia y la técnica, el autor de esta gigan-

tesca explosión de vida y poder que en pocas décadas ha transformado el mundo entero.

Pero no se trata de realizar cualquier cosa como si este mundo fuera etéreo o virtual. La ciencia antes de ser tal era voluntarismo y superchería. La verdadera ciencia consiste en medir las fuerzas para poder aprovecharlas. Se renuncia a la dimensión metafísica al estilo de los presocráticos, pero se adviene a la tecnología que todo aprovecha. La ciencia no nos revela la cosa en sí como diría Kant, pero tiene la objetividad trascendental derivada de su construcción como juicios sintéticos y *a priori* válidos dentro de los límites del dato experimental. No sabemos qué es la electricidad, pero la utilizamos a diario.

Tampoco esperemos de la ciencia una lección moral. La fuerza nuclear puede emplearse tanto para destruir como para construir. Las hipótesis darwinianas no nos llevarán a elegir entre la primacía del animal de rebaño o el falso reinado de un solitario león. La belleza de las flores surge con la misma naturalidad que la dentellada del tiburón. Y tampoco esperemos de la ciencia económica paradigmas morales ni la iluminación por un contable. El sistema capitalista forma parte de la ciencia como el sistema copernicano. Pero la economía en términos humanos debe ser economía *política*. No es nada casual que Adam Smith haya sido profesor de moral en Edimburgo.

Y si el saber es poder, reconozcamos que ese saber debe ser científico y tecnológico. Prefiero no hablar de información, concepto tan general que podría abarcar la que surgía del diario *Pravda* que, paradójicamente, en ruso significa “verdad”. Hay muchos públicos argentinos informados “a lo *Pravda*”. Basta para ello clavar los ojos sólo por un momento en el televisor de todos los días. Pero les aseguro, señores, que no pueden porque no saben. Como apreció Heidegger, charlan, pero no hablan. Y esos charlatanes (¡cuántos!) son la carne de cañón del politicastro de turno.

Así como para el científico particular es libre pero condicionada la validez de su hipótesis por el experimento o la empírica, nosotros, editores, estamos también condicionados. En suma, sólo puede ser libre quien conoce sus propios condicionamientos, pero ello será analizado en el siguiente capítulo.

## II. Especificidad del periodismo gráfico

1) Los diarios son, por una parte, mercaderías. Tienen por lo tanto un sustento material cuya producción implica determinado costo. Se me dirá que es una mercancía compleja con un importantísimo y esencial componente espiritual. Es cierto, pero, como todas las mercancías, está destinado a venderse obteniéndose un lucro determinado. Esto no es nada infamante sino que delata, simplemente, que los diarios obedecen a las reglas del capitalismo. O rentan o mueren.

Se puede, nuevamente, pensar en *Pravda*. Una prensa del Estado. El Estado es un instrumento del pueblo y, en consecuencia, una prensa popular al servicio del pueblo. Una panacea. Pero el asunto no es tan claro, ya que los intereses particulares y corporativos se filtran dentro del sistema estatista y lo corroen. Lo corrompen. La “nomenklatura” soviética, la “nueva clase” en la Yugoslavia de Tito, tal como lo afirma Milovan Djilas. El gerente de compras de la anti-gua YPF, el PAMI, los planes trabajar, “los beneficios” de la jubilación. Por favor, no seamos ingenuos. No nos vengán con las mismas fantasías de siempre. Libertad económica o la nada. *He aquí un condicionamiento básico.*

2) El Occidente moderno es una sociedad en movimiento y con una tasa de aceleración que parece crecer exponencialmente. En el medioevo, decenas de generaciones podían observar la construcción de una catedral gótica. Hoy cuentan las horas, los minutos. Ese fragor inmenso, ese historicismo básico, esos miles de relojes y sus campanas en cada ciudad de occidente, que Spengler en bella metáfora contraponen al quietismo de las sociedades antiguas, debe ser registrado y su cúmulo de hechos interpretados en sus líneas fundamentales y proveerlo de un sentido. La verdad no es la realidad sino el constante fluir de los acontecimientos.

Newton, Descartes, Leibnitz crean la matemática de las fluxiones y alguien dice: “No es necesario vivir, es necesario navegar”. Darwin deshace la invariabilidad de las especies, la lógica estática de Aristóteles es reemplazada en Hegel por la lógica del devenir. Es evidente que para sobrevivir en este mundo hay que saber qué está pasando. Y no precisamente saber a lo *Pravda*. Los diarios no pueden sino decir la verdad o

aproximarse a ella. No es sólo un deber moral: *es otro condicionamiento*. Un diario que mienta no es una entidad responsable y no tendrá porvenir. Hay que contar y explicar. La televisión es instantánea, pero el diario incita y entrega procesos reflexivos.

Un hecho nada significa sin relacionarlo con todos los hechos. La inversión capitalista es un ejercicio supremo de realismo. La inversión estatal puede darse el lujo del despilfarro, y vaya si sabemos de esto los argentinos. Una prensa dependiente del Estado es su correlativo. Por lo tanto, el éxito de un diario como empresa rentable es la garantía de la verdad relativa de sus contenidos y de su invulnerabilidad no sólo frente al Estado sino también frente a las grandes corporaciones económicas. No es así sirviente de nadie sino fiel a su prius ontológico que es el principio de la libertad. Esto aparece como paradójico pero es, no obstante, una consecuencia natural dentro del sistema de quien es, por así decirlo, su imprescindible autoconciencia.

3) Los diarios están obligados por su pertenencia al sistema a una perpetua revolución tecnológica. He aquí otro condicionamiento. Y no sólo de su *hardware* sino también de su *software*, para decirlo en términos del mundo cibernético. El sistema capitalista no implica la guerra pero sí la competencia, la lucha por el mercado. Y con los diarios no sólo compiten los colegas sino la radio y la televisión. En nuestro país, caótico si los hay, coexistimos por ejemplo con miles de radios FM ilegales normalmente ajenas a toda contribución estatal, llámense impuestos, cargas sociales, sistemas laborales. Los diarios deben cargar con el casi insoportable peso de los estatutos periodísticos, producto residual de la Argentina corporativa y de la tesis facciosa de la “sociedad organizada”. Y también con un oneroso y anticuado sistema de distribución. Estas dos cuestiones –no hay que ser profeta– determinan la viabilidad futura de los diarios.

Una de las particularidades de nuestro tiempo está dada por la necesidad de integrar en nuestros diarios su propio sitio en Internet. Esta simbiosis es todavía asimétrica en cuanto a las posibilidades de rentabilidad en la red de redes, pero el corrimiento del espectro tecnológico hacia la digitalización nos señala con claridad que esa posibilidad, aún incipiente, puede llegar a desarrollos de gigantes. Al contrario de productos de venta mundial, nuestras publicaciones están gene-

ralmente atadas al mercado nacional. Pero ya los grandes diarios capitalinos ofrecen columnas o versiones reducidas de periódicos extranjeros. No obstante, creo que puede asegurarse que la entrada en el mercado mundial será una aplicación digital.

### III. Aproximación a la moral

No es el propósito de esta tesis verificar la aproximación de un diario a la tríada del bien, la verdad y la belleza, a la manera de Aristóteles, o solicitar una tabla de valores como la de Max Scheler. Mi propósito es más concreto y más sencillo. Todos los días, los editores tenemos que decidir la orientación de nuestro diario en el mar de las noticias. Son operaciones de elección y eliminación, pero un diario es también un laboratorio de análisis y de reflexión que va mucho más lejos que el propalar noticias. Tampoco puedo pensar en que dirijo el *New York Times* sino un diario pergeñado hace noventa años en una ciudad, mi ciudad que es Paraná, mi provincia que es Entre Ríos, implantando amigos en mi patria, la vuestra, la querida y dolorosa Argentina. Antes de tomar posiciones singulares, permítaseme recordar un concepto de Goethe: “Si tomamos a los hombres como son, los haremos peores de lo que son”. Pues bien, cuando miro televisión creo que hay demasiados buscadores de *rating* que nos presentan sólo la vileza, la chabacanería y la ordinariez. Así creo que para nosotros, editores de diarios, es un deber moral primario tomar a nuestros lectores como deberían ser. Nada de rebajar el idioma para ponernos a la altura de un parloteo simiesco, nada de eludir la sutileza o la profundidad de los problemas, nada que no contribuya, en lo posible, a hacer mayor la capacidad crítica y reflexiva de nuestros lectores. Un diario tiene el deber de ser una apelación a la inteligencia y no a la torpeza.

Creo también que no debemos eludir el compromiso con la política, a la que defino como “el arte de hacer posible lo que es necesario”. Un compromiso con la república representativa y federal y no con un estado oligárquico, piquetero y centralista. Un compromiso con los principios y alejarse del partidismo y de la vecindad excesiva

con los poderes de turno. Creo, además, que debemos examinar los más grandes males o peligros de nuestra patria y contribuir a solucionarlos o evitarlos.

Es obvio que cada uno de nosotros puede concebir prioridades distintas en cuanto a los males que aquejan a nuestra patria. Yo pienso constantemente en la marginalidad y, si se quiere, el nombre de su consecuencia, que es la inseguridad. Para los argentinos, crear una sociedad previsible, atendida a reglas claras e invariables, es una cuestión de vida o de muerte. No en vano la frase liminar de nuestro fundador Luis Lorenzo Etchevehere, "*Institucionalizar el país*" constituye el frontispicio de nuestro diario. Seguridad jurídica para las empresas y para las personas físicas como condición de todo proceso económico sano.

El pase a la marginalidad no sólo aparta a la persona del proceso productivo. Le quita la más importante de las dimensiones humanas que es el futuro y borra toda la escala de valores. Lo condena a no realizar actos jurídicos: no se casa, no tiene hijos legítimos, no compra ni vende y, encerrado en su perpetuo presente, recorre los caminos de la noche buscando en los tachos de basura el alimento cotidiano. Simiesco, vuelve como hace cien mil años a una economía de recolección. Su demografía crece como una mancha de petróleo en el océano. Argentina se nos latinoamericaniza en el peor de los sentidos. Y un grupo de políticos sin ley ni escrúpulos aprovecha para reciclar su poder esta fuerza de pesadilla. Quizá Martín Fierro iba en camino de ser marginal, pero el esfuerzo de la gigantesca generación del '80 lo salvó de ese destino cruel. La cuestión es ahora más grave puesto que hemos perdido una dirección aristocrática del curso del movimiento social argentino. Por allí he dicho una frase lapidaria del poeta Mallarmé. Vivimos, estimados amigos, en una zoocracia.

No es fácil encontrar la fórmula para comenzar a enderezar el país y ponerlo en el orden pensado por los Padres Fundadores. Creo que debemos imbricarnos de nuevo y hacer valer la fuerza del grupo que conformamos. Congregarnos, señores, para reflexionar y actuar. Estamos colocados en posiciones preeminentes en la sociedad nacional. Sólo pido nada más y nada menos que un esfuerzo tal como supieron desarrollar los grandes hombres que nos precedieron. Ha



llegado el momento del cambio o la disolución nacional. Esta entidad puede jugar un rol en esta integración que os propongo.

Creo que ésta es la tarea primaria de los editores de hoy y de sus organizaciones. Otros argentinos nos esperan con sus manos abiertas y con su fraterno abrazo.

Esta es mi tesis, amigos, sobre la tarea moral de los diarios.



# Adolfo Calle, *Los Andes* y la cultura de Mendoza

*Por Jorge Enrique Oviedo*

*En la sala Augusto Cortazar de la Biblioteca Nacional se incorporó el 23 de septiembre, como académico correspondiente en Mendoza, el periodista Jorge Enrique Oviedo. Lo presentó el Dr. José Claudio Escribano. Damos una síntesis del discurso del nuevo miembro de la corporación.*

El hombre deja por un momento lo que está escribiendo, sofocado por el calor de ese ambiente cerrado. Promedia octubre, y la primavera —de vida tan efímera como las flores de los almendros y damascos— relega su tibieza ante el avance del aguerrido calor.

Abre la ventana y lo inundan la luz de un sol inclemente y los vahos de la tierra sudorosa, recién regada para aplacar el polvo en esa calle transitada por carruajes y caballos.

El paisaje trata de meterse al cuarto, aunque sea acotado por la ventana, pero el hombre va hacia su encuentro y se planta ante él decidido, desafiante. La montaña, hacia el oeste, queda ahora a trasluz, y su silueta oscura contornea el cielo transparente. Es lo más alto que se divisa, luego aparece la cúpula de algún templo, después las copas recién brotadas de los carolinos y por último, más cerca del suelo, las casas de una ciudad de barro, chata y uniforme.

Un jinete pasa al galope, seguido por un carro que lleva gruesos troncos de árboles. A lo largo de la calle se alinean varios palenques, donde los caballos disfrutaban de un momentáneo descanso y beben las aguas escapadas de acequias irregulares.

La ciudad va despertando de la tradicional siesta, y por las veredas de tierra apisonada comienzan a transitar hombres y mujeres. La ciudad aldeana se pone otra vez en movimiento, pasan los carruajes levantando nubes de polvo pese al riego, jinetes y cabalgaduras se

cruzan en una y otra dirección, el pregón de los vendedores callejeros va en aumento, y el bullicio se instala por algunas horas.

El hombre mira el paisaje cotidiano y no puede evitar un estremecimiento cuando la vista se posa en una esquina baldía, llena de escombros. Aquí y allá hay todavía restos del terremoto del 20 de marzo de 1861, adobones y maderas apilados entre los que crecen algunos matorrales, como un símbolo de la vida que se obstina en continuar. Esos escombros grafican de manera elocuente que pese a los 20 años transcurridos desde el desastre, la ciudad todavía no se recupera, todavía no se atreve a borrar definitivamente el fatídico recuerdo.

Tampoco él puede olvidar esa noche del Miércoles Santo, cuando a las 20.36 –mientras jugaba con otros niños de su misma edad, siete años– fue arrojado al suelo por un violento estertor de la tierra. “Otro temblor”, pensó en su inocencia, pero éste no cesaba: seguía ondulando el piso como una sábana en el tendedero agitada por el viento, y se escuchaba lo que a él le parecía el fragor de miles de carros con piedras despeñándose por la montaña.

Unas manos solícitas lo recogieron, y unas palabras tensas, pero suaves, trataban de calmarlo. No alcanzaban para acallar los gritos, los ayes, las avemarías gritadas como pidiendo perdón por todos los pecados cometidos y por cometer. Salieron al patio, buscando seguro refugio bajo las estrellas, más claras que nunca en esa localidad, El Challao, cerca de la ciudad y pegada a los cerros.

Todavía recuerda cómo, en plena confusión, fue colocado en un carruaje y emprendieron el viaje a la ciudad. A su lado pasaban jinetes al galope, atrás venían decenas de carros con gente que gritaba, y adelante, hacia abajo, donde debería estar la ciudad, unas pocas luces vacilaban entre una gran nube de polvo.

El hombre afila el recuerdo entre dos momentos, pero la memoria está mellada por el dolor

No sabe en qué instante de la noche llegó a la calle de su casa, tiene una vaga remembranza de los pedidos de auxilio, de los gritos de dolor por las heridas o por la búsqueda infructuosa de quienes ya no están, pero sí nunca se borrará de su mente el hecho de que su hogar ya no existe. Ni tampoco su familia: al amanecer, cuando el sol

pinta de dorado la ciudad caída, se entera de que sus padres y once de sus quince hermanos han muerto. Casi diez mil mendocinos los acompañan en el último viaje

—Doctor —la voz lo saca de su triste ensoñación—, sólo nos falta su escrito para terminar de armar la primera página. Las otras tres ya las terminamos

El paisaje queda a sus espaldas, entrecierra la ventana para atemperar los ruidos y se dirige a su escritorio.

—Ya está casi listo, le voy a hacer las últimas correcciones —le dice al imprentero.

Mete, moja la pluma en el tintero de bronce, tacha, escribe. Ahora no hay pasado ni tristeza. Sólo las palabras arcillosas que quieren dar forma, contenido y hondura a un pensamiento que va moldeando, palabra a palabra, frase a frase, verbo a verbo, la contundencia de un programa para el futuro. Se echa atrás y se pregunta con humildad: ¿no es acaso demasiado ampuloso hablar de un programa? Y se responde en silencio: ¿qué otra cosa puedo hacer que no sea pensar en la libertad, la justicia, la vigencia de los derechos ciudadanos, la igualdad, la equidad social, la democracia?

Se arremolinan sus recuerdos de lo aprendido en las facultades de Buenos Aires y Córdoba, y se mezclan con sus lecturas de los filósofos franceses, con los escritos de los forjadores de la democracia en Estados Unidos. Todo ello forma una masa a la que sólo falta en ese momento la levadura de su pensamiento, la articulación de las ideas debatidas con otros jóvenes de su época acerca de qué estructura política, social, económica y cultural habrá de regir en el país y la provincia.

En apenas ochenta años, consumado ya el mestizaje, ha desaparecido el sistema español, se ha declarado la libertad y proclamado la independencia, desde esta tierra partió San Martín con su Ejército de los Andes para llevar la libertad a Chile y Perú, se entró en la anarquía y la tiranía, llegaron Caseros y Pavón... Parecía que iba a desaparecer el caudillismo de carácter extremo, la presencia de los hombres que se creen irremplazables, pero empieza a darse otro fenómeno: el caudillismo soterrado, el gobierno de las familias, la oligarquía, en síntesis.

Y también la inestabilidad: en sólo los últimos veinte años la provincia ha tenido 32 gobernadores, apenas unos pocos completaron su mandato, otros duraron meses o algunos un solo día, o, peor aún, no llegaron a ocupar el cargo pese a estar nombrados.

El tiene claro que la transformación se dará a través de la conciencia ciudadana, y de que el periodismo tiene un lugar preponderante en la formación de esa conciencia.

Toma la pluma y escribe rápidamente: “Nace (el periódico) del seno del pueblo y se dispone a vivir con el aliento popular, atravesando con igual serenidad los días plácidos como las noches tormentosas que encuentre en su camino, para defender las libertades públicas. Pero éstas no existen ni pueden existir si el espíritu popular no es encaminado por la palabra de la prensa, que es luz y enseñanza para las sociedades modernas, y si no se difunde la conciencia del propio poder, de la propia fuerza, que es el alma del progreso social y político de las naciones. Hemos de recordar al pueblo que hay en él fuerza bastante para encaminar y gobernar sus propios intereses, y que, teniendo la conciencia de esa fuerza y no abandonándose con criminal pusilanimidad a los engañosos mirajes que se presentan a su vista, puede encaminar sus destinos a las más elevadas cumbres del progreso”.

Con la pasión del que se siente inspirado, sigue escribiendo: “Pocas palabras bastan para nuestro programa.

“Cuando la sinceridad, la lealtad, y la justicia animan la intención, parece expresarse el propósito en palabras breves sin ese ropaje de la retórica que tantas veces oculta propósitos tachables.

“Venimos al campo de la prensa dispuestos a defender con enérgica decisión los intereses de la provincia, y al hacerlo, buscamos agrupar a todos los que amen su autonomía y se interesen por su verdadero progreso y su verdadero bienestar, aquel progreso y aquel bienestar que se desenvuelven al impulso de todos los nobles sentimientos del patriotismo”.

Respira hondo, deja la pluma, toma esa distancia del escrito que es imprescindible para la última reflexión, para la corrección que nunca termina, y cree, ahora sí, que su programa ya está en condiciones de ser conocido por el pueblo.

Llama al imprentero y le dice: “Ya está, puede componerlo. Cuando arme la página, no se olvide de poner la visita a Uspallata del Perito Moreno. Llámeme para ver las pruebas”.

Apenas unos meses después de aparecido *Los Andes*, el 15 de marzo de 1883, llegan a Mendoza el general Bartolomé Mitre y su hijo Bartolomé Mitre y Vedia, viaje que obedece al propósito del ex presidente de documentarse sobre la trayectoria cumplida por San Martín durante la gestación en la provincia de la campaña libertadora. Al ingresar en la Capital, Mitre es recibido afectuosamente por una caravana de manifestantes, en carruajes y caballos, que lo acompaña hasta su alojamiento en la casa del bodeguero Salvador González. Mitre visita el campamento El Plumerillo y las escuelas Sarmiento y Avellaneda, pasea por la ciudad —donde se renuevan las expresiones de adhesión—, y realiza una prolija búsqueda de documentos, entre los archivos que han quedado dispersos por el terremoto. Parte después a Chile y Perú, y meses después regresa a buscar a su hijo, que ha continuado la búsqueda de documentos, para partir hacia Buenos Aires y escribir su monumental *Historia de San Martín y la Independencia Americana*, primer trabajo que hace honor al Libertador.

Para Calle es un gusto volver a encontrarse con Mitre: no ha olvidado que, cuando era corrector de pruebas en *La Prensa*, actuó en la batalla de La Verde como oficial de las fuerzas que comandaba Mitre. Para asistir a este combate había abandonado momentáneamente sus estudios y su puesto en *La Prensa*, trabajo éste que retomó y en el que luego fue ascendido a cronista parlamentario junto con Estanislao Zeballos, y le tocó asistir a brillantes sesiones en los que descollaban el mismo Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Vélez Sarsfield, etcétera.

En esos meses que permanece en Mendoza, Bartolomé Mitre y Vedia recopila documentos, cartas, testimonios, y —esto es lo que quiero destacar por su vínculo con el tema— funda el Instituto Geográfico Argentino, el 29 de abril de 1883, en casa del mencionado bodeguero González, donde estaba alojado. La comisión directiva está integrada por Adolfo Calle, Carlos M. Moyano, Rufino Cubillos, Eusebio Blanco, Abraham Lemos, Elías Villanueva, Julián Barraquero, Juan E. Serú, José Néstor Lencinas y Manuel Sayanca. Todos nombres de la intelectualidad más destacada de esa época, en apoyo de la

constitución del primer organismo científico que se crea en Mendoza, en el que la presencia de Calle revela la amplitud de su espíritu y la necesidad imperiosa de abrir paso al conocimiento.

El rasgo menos difundido de Calle es el vinculado con su apoyo a la vitivinicultura. Sin ser bodeguero ni tener plantaciones de vid, tuvo sí la visión del futuro de esa actividad que se convertiría en la principal de la provincia.

En los albores de la transformación de Mendoza, cuando los que serían millonarios llegaban descalzos, raídas las ropas, ensangrentadas las plantas, en busca de esta tierra de promisión, el buen sentido de Calle aconseja no echar los caballos ni las vacas a la viña porque se comen las cepas. Insiste a diario en que se debe cortar el monte y el pasto, renovar el cepaje, introducir de Chile variedades europeas, alambrar las nuevas plantaciones, modernizar el viejo viñedo.

No pasa un día en la inicial vida de *Los Andes* en que no aparezca un artículo que prestigie la mejora del cultivo, y es tanta la pasión del director del diario, que un día suprime el editorial, suprime las noticias, suprime los avisos, y ocupa todas las planas con una correspondencia europea en que no se habla más que de la viña y el arte del buen vino en Burdeos.

Esto no le basta e insiste con perseverancia en que se hagan bodegas, se elabore con esmero, se adopten los procedimientos enológicos europeos, se persista en diferenciar los tipos de vinos y se impida la producción del vino atavernado.

Consolidado el diario –ya el 1° de agosto de 1885 ha pasado a la mañana y sale todos los días– a principios del siglo XX, aquejado Calle de varias dolencias, se ve obligado a buscar cura en Buenos Aires, donde se radica, no sin haber dejado con legítimo orgullo la dirección del diario a su primogénito Adolfo. Sigue desde la metrópolis la marcha de Mendoza, de su periódico; escribe y escribe, urgido por su pasión civilizadora, hasta que en 1913 un hecho doloroso – la muerte del joven Calle, a los 32 años– lo golpea muy hondamente, acentuado un tiempo después por el fallecimiento de su esposa, Leocricia Correa. Abrumado, sin ser viejo, tiene 61 años, se deja envejecer, hasta que fallece el 6 de enero de 1918 en Buenos Aires.



Sus restos llegan a Mendoza por ferrocarril el 8 de enero, y en la estación se congrega una multitud como nunca antes había ocurrido. La imponente manifestación popular lo acompaña hasta el cementerio, en una caravana doliente y sufrida, según las crónicas de todos los diarios.

Al decir del historiador Adolfo Cueto, “el doctor Calle fue periodista único y exclusivo. No quiso ser otra cosa, ni escritor, ni orador, ni siquiera político. Tuvo una breve gestión como ministro de Gobierno durante la administración de Oseas Guiñazú y también una corta representación parlamentaria”.

Repito: periodista único y exclusivo.

Por su obra, y por su vida, Mendoza todavía le debe su biografía definitiva.

El 7 de abril de 1885, la ciudad de barro amanece jubilosa. Hay banderas en las calles, y la gente comienza a encaminarse hacia la recién construida estación ferroviaria para esperar el tren presidencial. La fiesta, que de eso se trata, es completada con bandas de música, cuyos sonidos marciales son de pronto sobrepasados por los pitos de las locomotoras “Maipú” y “Paraguay”.

El presidente Julio Argentino Roca llega a Mendoza para inaugurar el Ferrocarril Andino, un servicio largamente reclamado por la provincia. Lo acompañan el ministro del Interior, Bernardo de Irigoyen; el ministro plenipotenciario de Chile, Ambrosio Montt; el general Osborne, de Estados Unidos, y los doctores Roque y Luis Sáenz Peña y Juárez Celman, entre trescientas personalidades.

Se declara feriado por varios días, dieciséis escuadrones rinden honores y desfilan por las calles, esa noche se inaugura la primera Exposición Industrial de Mendoza, y se habilita el primer tendido de luz eléctrica, que incluye a la exposición. Un día antes, se había inaugurado el servicio de tranvía a caballo.

Mendoza está como enfebrecida. Las vías de ensayo habían permitido que el primer tren llegara en 1884, pero lo del 7 de abril significa algo más trascendente y duradero. Es el fin del aislamiento con el resto del país, que la vincula más fácilmente con Chile; un aislamiento penosamente superado con carros, carretelas y mensajerías

para los interminables viajes a Buenos Aires. De repente, en un día se franqueaba la pampa, cuando antes se requerían no menos de 45 días.

Arrinconada entre dos inmensidades, la de la Cordillera, y la del desierto y la llanura pampeana, la segunda ciudad más antigua del país comienza una nueva vida. El ferrocarril ha de marcar un hito fundamental en la provincia. Con él llegan artículos de todas partes del país y el extranjero —granos, tejidos, productos de la ganadería—. Con él llegan los inmigrantes, en especial italianos y españoles, solteros o con esposas sacrificadas e hijos absortos ante el nuevo paisaje, con muy pocas pertenencias, en oleadas que transformarán la sociedad y las costumbres mendocinas.

En un solo año, 1913, antes de desatarse la Primera Guerra Mundial que frena el flujo, arriban a la provincia 16.138 inmigrantes, el pico más alto. Y el censo nacional de 1914 revela que del total de la población mendocina, casi el 32% es extranjero.

Los inmigrantes se dispersan por la provincia, y la mayoría se dedica a la vitivinicultura. Con ellos llegan nuevas máquinas para la elaboración del vino, nuevas formas de trabajar la tierra, que producirán un cambio sustancial, acompañado por otro hecho fundamental: en 1884, Mendoza es la primera de las provincias que tiene una ley orgánica referida al uso, la distribución y administración del agua de riego.

En unos pocos años, y basada en esos factores —ferrocarril, inmigración, vitivinicultura y legislación del agua—, Mendoza experimenta un progreso económico de características inusuales, que, entre otras particularidades, convierte a los periódicos en diarios y éstos, a su vez, dejan de ser tribunas políticas, aunque sin abandonar los motivos que les dieron origen, y se transforman en “periódicos de empresa”, más volcados a la noticias de interés general.

En marzo de 1921 encontramos una página dominical con colaboraciones también ilustres, y luego otra, denominada “Los Andes del domingo”, donde se ensancha el equipo de literatos y aparecen los nombres de Arturo Capdevila, Vicente Blasco Ibáñez, Jacinto Benavente, José Enrique Rodó, Horacio Quiroga, Juan Pablo Echagüe y otros. La página brinda generoso espacio a los intelectuales mendocinos, y así figuran Joaquín Méndez Calzada, Alberto Castro,

Edmundo Correas, Lucio Funes, Alejandro Santa María Conill, Carlos Ponce, Alejandro Lemos, Juan Bautista Ramos y Miguel Martos.

Hay otras apariciones y desapariciones de estas páginas, pero el 17 de agosto de 1930, *Los Andes* hace el siguiente anuncio: “Con la publicación de la presente página inicia nuestro diario una labor sin precedentes en la prensa provincial argentina. Creemos satisfacer, con esta nueva conquista, una impostergable necesidad espiritual de evidentes y fecundos resultados para acelerar la cultura literaria y artística de la provincia”. El diario confía la página al escritor mendocino Ricardo Tudela, “quien –dice– pondrá al servicio de ella su experiencia, su eclecticismo artístico equilibrado y todo el amor que profesa a las cosas del espíritu”.

El año 1940 marca un punto de inflexión, porque la nueva página literaria es confiada a la dirección del escritor local Sixto Martelli, con colaboradores de gran valor, una excelente diagramación y la incorporación como articulistas de los profesores que se estaban incorporando a la Universidad Nacional de Cuyo, creada en 1939. Salvador Canals Frau, Diego Pro, Enrique Anderson Imbert, Alfred Dorheim, Robert Salmón, entre otros, pasan a ser firmas de aparición frecuente en el diario, junto a los mendocinos Angélica Mendoza, Antonio Pagés Larraya, Juan Draghi Lucero, Fausto Burgos, Guillermo Petra Sierralta y Vicente Nacarato, entre varias personalidades locales.

No quiero ser detallista ni abrumar con nombres ilustres. Sólo destacar que esas páginas y otras de *Los Andes* sirvieron de vehículo de difusión de las corrientes de pensamiento que fueron apareciendo en el medio provincial, nacional e internacional. El romanticismo desaparece frente al impulso del positivismo, con nombres como Agustín Alvarez, Carlos Ponce y Julio Leonidas Aguirre, hasta que es reemplazado por nuevas doctrinas pedagógicas, la conciencia de los derechos de la mujer, el espiritualismo, el modernismo y el vanguardismo.

“La nueva sensibilidad es un hecho artístico indiscutible, tumultuoso, desorganizador, si se quiere –dice Ricardo Tudela–, pero innegable: su realidad dinamizante y constructora llena ya todos los ámbitos del anhelo indomable. Es el recobramiento por parte del espíritu de toda su potencia germinadora. Es una actitud dinámica. En am-

bientes todavía vírgenes como el Oeste argentino –vírgenes de fecundación estética novísimas– chocará momentáneamente hasta levantar enconos e incomprensiones. Pero eso pasa, y aquí, como en otras partes, se abrirán camino ampliamente los nuevos ismos”.

El 4 de abril de 1896, Mendoza asiste a una novedad impactante: la introducción del fonógrafo. Un señor Scicali, llegado de Buenos Aires, presenta la novedad en una casa de comercio en pleno centro, ofreciendo audiciones diarias desde las 17. Pueden escucharse óperas, cantos diversos en español, inglés e italiano, y la audición de cada cilindro grabado cuesta 20 centavos, bastante caro si se tiene en cuenta que un viaje en coche para dos personas vale también 20 centavos.

La primera función de biógrafo tiene lugar el 16 de agosto de 1899 en el Teatro Municipal, y es considerada por el diario “lo más grande que la electricidad haya deparado”, y se la compara con la vida real, “de la que sólo falta el color”. El 25 de febrero de 1924 se pudo escuchar a la soprano Lia Gloria, en un aparato instalado en la compañía Indian Rubber, a pocas cuadras del Teatro Municipal donde actuaba la cantante.

He mencionado cómo el ferrocarril transformó Mendoza, cómo rompió su aislamiento con el resto del país hacia el norte y el este, pero le falta a la provincia vencer otra inmensidad: la Cordillera, esa “piedra infinita” al decir del poeta Jorge Enrique Ramponi. Ello sucede el 29 de septiembre de 1909, cuando finaliza la perforación del túnel principal en plena Cordillera de los Andes, casi a 4000 metros de altura. Las tareas de excavación se habían iniciado en 1890, y llegan a trabajar en la perforación mecánica de la roca 1575 obreros, la mayoría extranjeros.

El 5 de abril 1910 pasa la Cordillera de los Andes el primer tren de pasajeros: lleva al presidente de Chile, don Pedro Montt, y su comitiva, que viajan a Buenos Aires para asistir a los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo.

La obra es considerada una de las principales de esas características en el mundo, y así nace el Ferrocarril Trasandino, más conocido luego como BAP (Buenos Aires al Pacífico), que permite unir nuestra Capital Federal con Santiago de Chile y Valparaíso. Las ventajas materiales para Mendoza, derivadas de esa tarea ciclópea, son mu-

chas –cargas, turismo, pasajeros–, pero hay una especial que no ha sido aquilatada debidamente: la cultural.

Mendoza se convierte en escala obligada, de ida o vuelta a Chile, de destacadas personalidades internacionales que pasan ahora de Buenos Aires al país trasandino evitando el largo viaje en barco por el Cabo de Hornos. El tren, otra vez, tiene un perfil civilizador, y en 1916, por ejemplo, de sus vagones descienden, pasean, disertan, traban relaciones con los intelectuales mendocinos, polemizan, difunden sus ideas, José Ortega y Munilla y su hijo, José Ortega y Gasset; Jacinto Benavente y María Guerrero con su compañía teatral. El autor de *La rebelión de las masas* vuelve en 1928, Benavente lo hace en 1922 y retorna en 1946, ocasión en que le confiesa a un cronista de *Los Andes* que fue al llegar a Mendoza, en 1922, cuando se enteró que había ganado el Premio Nobel de Literatura, y que fue también en Mendoza donde recibió el primer telegrama de felicitación, enviado por el rey Alfonso XIII en nombre del pueblo y gobierno de España.

Otros nombres ilustres en lo cultural –además de príncipes europeos, políticos latinoamericanos, refugiados de la Primera Guerra, exiliados españoles– van llegando a Mendoza y dejan su impronta en el espíritu lugareño: Luis Jiménez de Asúa, Baldomero Sanín Cano, María de Maestzu, en tres ocasiones; Gregorio Martínez Sierra, Ramón de la Serna, Pablo Neruda (la primera vez en 1933), Krisnamurti, Arnold Toynbee, Emil Ludwig, Vicente Blasco Ibáñez, Eduardo Zamacois, Lorenzo Zuloaga y otros.

*Los Andes* entrevista, sintetiza conferencias o las brinda completas, recoge opiniones de los intelectuales mendocinos; difunde, en una palabra, las múltiples variaciones del pensamiento internacional y nacional que van llegando a Mendoza, y así las ideas caen como semillas en la tierra ávida de fecundación de las preclaras mentes de los consagrados o los inquietos espíritus juveniles. Ambos, sin embargo, sienten la pesada carga de una carencia y se unen para concretar lo que es ya un anhelo irrenunciable de Mendoza: la creación de una universidad.

En la década del '30, el movimiento pro casa de altos estudios alcanza gran intensidad, y cuenta desde Buenos Aires con un apoyo

fundamental: el de Ricardo Rojas. El autor de *Eurindia* ha marcado a fuego a la llamada Generación del '25 con su definición del "regionalismo literario", una vasta concepción del hombre concebido como resultado de la conjunción del espacio y el tiempo.

Roig reinterpreta a Rojas, para quien –en cuanto al espacio– “existe el numen de la tierra, la fuerza propia de lo telúrico que da el tono regional al hombre de las montañas o las pampas, y existe al mismo tiempo el enfrentamiento del hombre nativo con su propio suelo, en función de lo cual nace el ‘paisaje’ como categoría estética. En cuanto al tiempo, se da como ‘tradicición’, pero esta ‘memoria colectiva’ del pueblo no es homogénea. Una nacionalidad, afirma Rojas, está integrada por distintas tradiciones, así como está formada por lugares diversos. Hay ‘regiones’ de la tradición, determinadas por las ciudades, las comarcas, los hechos vividos o sentidos, la voluntad de las sociedades. Así, el federalismo, el indigenismo, el cuyanismo, el porteñismo, son formas de la tradición. La nacionalidad se resuelve para Rojas en regiones temporales-espaciales, y hablar de ‘nacionalismo literario’ significa para él hablar de ‘regionalismo literario’. A su vez, esa nacionalidad integrada por comarcas no es ella, por su parte, más que una región dentro de una unidad mayor, que es la de nuestra América”.

Acicateados por el revelador pensamiento de Rojas, un grupo de estudiantes de 5° año del Colegio Nacional Agustín Álvarez –alumnos a su vez de Edmundo Correas, profesor de Instrucción Cívica– escribe a Rojas por intermedio del estudiante Antonio Pagés Larraya, y el destacado escritor les envía lo que él titula “Catorce apotegmas para la Juventud Mendocina”, publicados por *Los Andes* el 9 de noviembre de 1936, y que constituyen una página lamentablemente olvidada en la cultura de Mendoza.

El diario no se limita a transcribir las sentencias, sino que afirma que “es realmente ponderable esta vinculación que se inicia entre nuestra juventud estudiosa y un hombre de pensamiento como Rojas, cuya labor de publicista se ha encaminado a exaltar el sentimiento inteligente de la argentinidad, buscando en ella perspectivas que, fundadas en la saludable enseñanza del pasado, constituyan puntos de mira para un avance progresivo hacia el futuro”.

Sólo destaco algunos de esos apotegmas, por entender que definen una actitud y sirven de aliciente para nuestros días. El primero expresa: “La patria no es solamente el suelo y pasado, sino el trabajo actual, que fecunda a la tierra, y el pensamiento prospectivo, que prolonga en lo porvenir la empresa en un pueblo”. El segundo: “La geografía es la ciencia del espacio, y la historia es ciencia del tiempo, pero una y otra no alcanzan validez sino en el espíritu del hombre que las refunda por el sentido de la cultura y la acción”. El tercero: “La cultura necesita elaborarse en cada pueblo y renovarse en cada generación; no puede inmovilizarse en el tiempo ni trasplantarse en el espacio; no es arte mecánica sino vida espiritual”.

El respeto a vuestra especial consideración me reprime el entusiasta deseo de mencionar todos esos apotegmas, pero no puedo dejar de mencionar el undécimo: “En una patria federal como la nuestra, el primer deber de los jóvenes estudiantes es conocer su provincia, porque el territorio, la población, el gobierno y la cultura de cada Estado son los instrumentos inmediatos de la acción”.

Muchos años más tarde, aquel joven Pagés Larraya estudió con Rojas en la Facultad de Filosofía, se convirtió en su principal discípulo y ocupó la cátedra de Literatura Argentina que tan brillantemente desempeñó Rojas. Tres años después de aquellos apotegmas, el 16 de agosto de 1939, Ricardo Rojas dio la conferencia con que fue inaugurada la Universidad Nacional de Cuyo, bajo la mirada complacida de su rector fundador, Edmundo Correas.

La universidad nace para la región, no sólo para una provincia, y Cuyo asiste a un proceso transformador sorprendente. Todo está por hacer, y se hace: crear la Facultad de Filosofía y Letras, cuyos cursos de literatura inaugura Carmelo Bonet; se crea la Facultad de Ciencias, con sedes en San Luis y San Juan; se crea la Facultad de Ciencias Económicas, se alquilan locales, se construyen instalaciones, se contratan profesores ilustres. Es un ramalazo cultural que conmueve a Mendoza: llegan Víctor Delhez, el destacado grabador belga; Salvador Canals Frau con sus estudios de arqueología y etnografía; Alfred Dorheim desde Alemania, Sergio Hocévar, el escultor chileno Lorenzo Domínguez, desde España viene Javier Ferrand para fundar la primera Escuela de Cerámica del país, etcétera.

De Buenos Aires son requeridas las más prestigiosas figuras de los ámbitos creativos, académicos e intelectuales, para dictar cátedras, cursos o conferencias. Correas crea la cátedra de Historia del Periodismo Argentino, en Filosofía y Letras, y el encargado de dictarla es Eduardo Mallea. El destacado escritor también se enamora de Mendoza –“siento en mi piel, escribe, el grato frescor de las tardes mendocinas de la bella ciudad arbolada”– y se cree en la obligación moral de enviar un “Mensaje a los intelectuales jóvenes de Cuyo”.

Este mensaje no está mencionado en libro alguno, y creo que es una de las páginas más olvidadas. Apareció en la edición del 1º de enero de 1941, en la sección literaria dirigida por Martelli, y aquí Mallea desnuda su desesperanza para encontrar el vuelo lírico que permita a los jóvenes acometer otra etapa fundacional del país. Europa está en guerra, el Extremo Oriente está en guerra, la Argentina navega entre el fraude y la opulencia, entre el reclamo social y la abyección de la pobreza. “Jóvenes intelectuales de Cuyo –escribe Mallea–: *pertenecen ustedes a un país empobrecido de presente*. Nuestro presente es el menos heroico, el más mostrenco, el más adormecido, el menos real y el menos parecido del mundo a la verdadera argentinidad. Nuestra historia se parece de más en más a un recipiente sin jugo”.

“Aquí la fama no viene de hacer las cosas –agrega–, sino de un astuto no hacerlas: el talento más visible de nuestros eminentes consiste con gran frecuencia en el talento de no saber hacer. El que más vale aquí es el que mejor no ha hecho, porque como el hacer importa siempre el riesgo de una capacidad, de una técnica, de una versación y un genio, más seguro en su sitio está el que no se arriesga más que a la actitud medio enigmática del solemne poseedor de un vago “buen sentido”.

Para Mallea, la tarea de la reconquista espiritual y civil del país les pertenece a los jóvenes intelectuales. “Si la nuestra es una generación preparatoria, la de ustedes, hombres jóvenes de Cuyo, es la generación en cuyo anhelo reside la incitación a otra gloria. Ya sé que ésta no es una labor de literatos. Pero yo no creo en esta palabra. Yo sólo creo en la gran familia humana de los espíritus honrados y celosos, de cuyos escrúpulos fervientes resurge tantas veces el ave fénix



del arte. Y yo no creo que exista ningún arte gratuito: todo gran arte lleva en su vientre un fermento vivo; de ese fermento vivo se nutre la parte renovable y externa de las conciencias personales y sociales”.

La labor de reconstrucción que sugiere Mallea le permite afirmar: “Es necesario crear el país de nuevo después de muchos años de desnaturalización y tópicos oficiales. Tenemos la responsabilidad de una cultura, la responsabilidad de una inteligencia; la responsabilidad del ánimo, del espíritu mismo del país. Un poco más de tiempo y nos habremos convertido del todo. El primer deber consiste en emancipar y llevar adelante nuestros puntos de vista intelectual, cultural y moral. No es fácil, pues la estulticia creciente amenaza ahogarlo todo”.

Y advierte los riesgos: “Jóvenes intelectuales de Cuyo: la vía del escritor argentino es un frío y largo tormento, una tabla de tierra dura por la que hay que pasar con la planta desollada”.

Eduardo Mallea cierra su mensaje con palabras que nos hacen recordar a Ricardo Rojas en sus apotegmas a los estudiantes mendocinos: “La casa que ustedes habitan es muy hermosa. Conózcanla bien en su prodigiosa y secreta atmósfera. Estará llena de mensajes inesperados que serán los más importantes que ustedes hayan recibido nunca. Y con ese conocimiento podrán realizar –no sólo para ustedes sino para todos nosotros– la máxima de Lao-Tse, según la cual lo material no es útil más que por lo espiritual”.

Este año estamos celebrando el 90° aniversario del nacimiento de Julio Cortázar y el 20° aniversario de su muerte. Qué lástima que no se festeje también el 60° aniversario de su llegada a Mendoza. El 11 de julio de 1944, *Los Andes* publica una corta noticia: la Universidad Nacional de Cuyo ha contratado al profesor Julio Florencio Cortázar para que dicte las cátedras de Literatura Francesa I y II, y Literatura de Europa Septentrional en la Facultad de Filosofía y Letras.

Nada mejor entonces que salvar la omisión, para recrear –aunque sea brevemente– la corta pero intensa permanencia del autor de *Rayuela* en Mendoza, siguiéndolo –como no podía ser de otra manera– a través de su presencia en las páginas del diario. El 13 de junio de 1945, por primera vez se convoca a elecciones en la Universidad Nacional de Cuyo para elegir sus propias autoridades, saliendo del esquema vigente hasta ese momento de las designaciones a nivel

nacional. Cortázar es el más votado para integrar el consejo directivo de la facultad, asume el cargo, pero los claustros universitarios están muy agitados: por las rencillas que ha desatado la elección, y por las actividades e ideologías de varios profesores, a tal punto que el Consejo Superior ordena abrir una investigación sobre presuntas actividades nazifascistas de varios catedráticos, entre los que se ha incluido a Cortázar.

Vemos, en tanto, al profesor hablando en representación de la universidad en un acto para honrar a Sarmiento, sobre el tema “Sarmiento y la escuela ultrapampeana”, que también tenía el sentido de homenaje a la recién fallecida Miss Mary Morse, la última de las maestras norteamericanas que Sarmiento había enviado a Mendoza y que se quedó en la provincia hasta su deceso. Días después, el Consejo de la Universidad aprueba el informe de la comisión investigadora de actividades antidemocráticas, y desestima, en septiembre de 1945, las acusaciones contra los profesores Julio Cortázar, Diego Pro, Toribio Lucero, Félix Albani, Julio Perceval y otros.

Cortázar escribe artículos académicos, como “La urna griega en la poesía de John Keats”, publicado en la *Revista de Estudios Clásicos* de la Facultad de Filosofía y Letras; da una conferencia sobre Verlaine, y en Mendoza ve publicado su primer cuento, “La estación de la mano”, aparecido en la revista *Egloga* dirigida por el talentoso Américo Calí.

Pero el amor inicial hacia Mendoza (“es una bella ciudad –escribe–, rumorosa de acequias y de altos árboles, con la montaña a tan poca distancia que uno puede ir a estudiar a los cerros) y su sorpresa por el medio que encuentra (“¡Los mendocinos me han sorprendido! La Universidad tiene un club universitario hermosamente decorado. Hay allí un bar, discoteca con abundante boggie-voogie, banderines de todas las universidades de América, y tanto profesores como alumnos van allá a charlar, seguir una clase inconclusa, beber e incluso bailar. A mí me pareció, cuando me llevaron, que entraba en Harvard, o en Cornell: todos menos aquí. Y sin embargo es realidad: alegrémonos de ello”), ese amor inicial se va disipando con sus luchas contra la calumnia, contra la mediocridad. Tiene fuerzas todavía para integrar la recién creada Asociación de Profesores Democráticos, para

participar en la toma de la Universidad, junto a profesores y estudiantes, en defensa de la autonomía universitaria, lo que le significa un día de arresto, pero se cansa de luchar contra militantes del Partido Demócrata que quieren tomar el gobierno universitario, y cada vez es más fuerte su rechazo al naciente peronismo.

Cuando finalmente gana Perón las elecciones y es derrotada la Unión Democrática, Cortázar le escribe a un amigo mendocino: “En el primer caso me iban, y en el segundo me iba yo por mi cuenta. Le gané de mano a ambas cosas, y me alegro intensamente”. El ganar de manos fue que “cuando Perón ganó las elecciones presidenciales, preferí renunciar a mis cátedras antes que verme obligado a sacarme el saco”, escribe en otra carta.

Desolado por las acusaciones de “nazi, nacionalista, fascista, instrumento electoral, agente de propaganda”; desolado por una Mendoza que ve ahora como “un pequeño infierno, sin la grandeza del que imaginó Dante: infierno a medias y por eso doblemente cruel y mezquino”, Cortázar parte a Buenos Aires. El Centro de Estudiantes de Filosofía lo reclama, hace gestiones para que vuelva, pero él ya está por viajar a Francia: Se disculpa con los jóvenes: “...un hombre debe a veces romper amarras de afecto y olvidar posibles ventajas materiales, si su vocación auténtica reclama otra calidad de vida, otro horizonte de acción...”. En Mendoza ha enterrado al profesor, es la hora plena del escritor.

Vuelve a Mendoza en 1973, colgando de sus hombros altos y delgados la fama de su genial *Rayuela*, después de visitar a Salvador Allende en Chile, y por sus palabras, publicadas en *Los Andes*, parece haber olvidado los agravios: “Como otras veces, hubiera podido entrar a la Argentina por vías cómodas y rápidas. En cambio, tomé el Trasandino para acercarme despacio, saboreando el paisaje, como quien se demora en comer un durazno. Y te busqué, Mendoza, porque te quiero desde lejanos tiempos, desde una juventud que se niega a morir en vos y en mí ahora que nos encontramos otra vez, como si veintiocho años no hubieran pasado por tus calles o mi cara. Y sos la de siempre, me das otra vez el rumor del agua en la noche, el perfume de tus plazas profundas. Para un viajero del mundo que siempre llevó consigo a su Argentina y trató de decirse-

lo con libros, qué recompensa me das hoy, Mendoza, puerta de mi casa, amiga fiel que me sonríe”.

La vida sigue, el diario sigue, y pese a estar sumergidos en esta Argentina-columpio, la cultura de Mendoza sigue desarrollándose, reflejada siempre en *Los Andes* con pluralismo y generosidad, sin sectarismos ni lucha de capillas. Con más o menos páginas, con distintas conducciones, la sección Cultural alcanza un esplendor particular bajo la conducción de Antonio Di Benedetto, y en 1998 toma cuerpo en un suplemento dominical, denominado sencillamente “Cultura”, premiado ya por ADEPA.

Ingres  a prueba, en 1959, días después de haber salido del servicio militar. Aunque no me pidieron currículum, en esa época no era una exigencia como ahora, llevó un cuento que a los 19 años había publicado en otro diario, *El Tiempo de Cuyo*” así como otras notas sobre literatura, cine y jazz, gentileza del director del suplemento literario, Aldo Testaseca, jefe de trabajos de Filosofía, facultad en la que duró apenas un año gracias a lat n y griego. El subdirector, Patricio Vacas, ni mir  los papeles. Me mandó a la vieja redacción a hablar con el jefe de Noticias, Francisco Salto. Este me dio una gacetilla, me dijo que la titulara en tres líneas de 16 espacios cada uno, sin cortar palabras, y escribiera la noticia. Una vieja Remington trat  de oponer resistencia, pero no le valió de mucho. Cuando le entregué la cuartilla a Salto, éste le puso un papel encima, escribió “Dr. Vacas: esto es lo que hizo el joven Oviedo” y, sin corregirla, la envi  al temido despacho. Al rato volvió el ordenanza. Un lacónico “OK” marcó mi destino.

No había antecedentes familiares, genéticos, que me impulsaran al periodismo. Pero lo cierto es que quería hacerlo. Ahora recuerdo, y comparto, lo que escribió Antonio Di Benedetto en su breve autobiografía: “Un tiempo quise ser abogado y no me qued  en querer serlo; estudió mucho, aunque nunca lo suficiente. Después quise ser periodista. Conseguí ser periodista. Persevero”.

En la sala de telegramas, un radiotelegrafista –auriculares mediante– sacaba los cables grabados en un cilindro de cera; las entrevistas se hacían con una lapicera que escribía en cuartillas, saltamos de alegría cuando nos cambiaron la Remington por modernas Olivetti,

y nos ensuciábamos con tinta en el viejo taller tipográfico. Las fotos se convertían en grabados, y las páginas armadas en cartones, las matrices, que iban a ser colocadas en la rotativa en blanco y negro.

La llegada de la teletipo nos parecía un cuento de ciencia ficción, y cuando aparecieron los grabadores nos preguntábamos cómo habíamos hecho para escribir a mano esas frases tan importantes, y rápidas, de un escritor, un político, un hombre de la calle, una sesión legislativa, sin que nos cayera encima el descargo por estar fuera de contexto, como se dice ahora.

El tema de *Los Andes* y la cultura de Mendoza es de una vastedad casi inabarcable, que excede los márgenes razonables de esta charla ya prolongada. Algo intentó el filósofo Arturo Andrés Roig cuando publicó en 1960, con el sello de la Universidad Nacional de Cuyo, *La literatura y el periodismo mendocinos entre los años 1915-1940 en las páginas del diario Los Andes*. Hay muchos otros temas para trabajar, como la influencia del avión en la llegada de gente significativa, como lo fue en su tiempo el tren. Por ese medio, estuvieron en Mendoza, Tyrone Power, Orson Welles, Douglas Fairbanks y Walt Disney, quien permaneció varios días en las estancias de Mendoza, acompañado por Molina Campos, buscando escenarios para su próxima película de dibujos animados. Otra veta para trabajar: el mismo año en que Cortázar renuncia y se va de Mendoza, 1945, se constituye Film Andes, que da comienzo a lo que *Los Andes* llamó "Mendoza, la Hollywood de la Argentina".



## Periodismo de Santa Fe (Origen y desarrollo)

*Por Gustavo José Vittori*

*El 28 de octubre se realizó la incorporación como miembro correspondiente en Santa Fe del periodista Dr. Gustavo José Vittori. Presentó al académico el titular de la corporación, Dr. José Claudio Escribano. Publicamos aquí algunos fragmentos del discurso de incorporación.*

Ramírez integraba la expedición de Sebastián Caboto, el navegante veneciano que a las órdenes de la Corona española levantó en 1527 –cerca de donde confluyen los ríos Corondá, Carcarañá y Paraná–, el fuerte de Sancti Spíritus, primer asentamiento hispano en lo que hoy es la República Argentina, y distante unos cien kilómetros del sitio en que se alza la actual capital de la provincia de Santa Fe.

En aquella tierra casi baldía, hollada cada tanto por grupos de indios trashumantes que se desplazaban de un lugar a otro siguiendo los ciclos de la naturaleza que les prodigaba alimento, Ramírez iba a escribir una carta-relación dirigida a su familia en España que, a nuestro criterio, puede verse como el embrión de un género periodístico –la crónica de viajes– en la Cuenca del Plata.

Anthony Smith, un ensayista británico que escribió hace años un trabajo titulado *La geopolítica de la información*, parece corroborar nuestra tesis cuando sostiene que el corresponsal extranjero o el periodista del siglo XIX que desempeñaban sus tareas en la prensa popular europea se consideraban herederos legítimos de los grandes exploradores y veían el mundo como su objeto de trabajo, análisis e investigación.

Y hablando de exploración y de investigación, Smith se introduce en un terreno resbaladizo –ayer y ahora–, por los obstáculos y trampas que le tienden a la percepción del “explorador-periodista” su

carga cultural, sus convicciones y prejuicios, elementos que inexorablemente habrán de condicionar su mirada sobre las nuevas realidades que descubre a su paso. Es todo un tema, de todas las épocas, que conviene tener en cuenta cuando se habla de periodismo independiente, ese concepto moderno y valioso pero tan arduo de sostener pese a haberse convertido en un transitado lugar común.

Las anteojeras que crean la subjetividad, el ego, la ambición, las apetencias, las creencias, los propósitos –confesados e inconfesables–, las obsesiones, deben registrarse al menos en el plano reflexivo, no para desvalorizar el esfuerzo de quien busca, sino para estar conscientes de que estos factores actúan, nos guste o no, sobre nuestra visión de las cosas y nuestra evaluación de los acontecimientos.

Es interesante volver brevemente a Ramírez. Su relato, como su propia naturaleza, es simple y llano. Tales son su sentido común y su prudencia que, a conciencia, evita hacerse eco de versiones exóticas sobre tribus indígenas que constituirían “generaciones disformes de nuestra naturaleza”. Tan sobrio es, en una época de desmesuras y fantasías, que, según deja constancia, no las escribe “por parecer cosa de fábula hasta que plazca a Dios nuestro señor lo cuente yo como cosa vista y no de oídas”.

Ese Ramírez que tiene que ver para creer agrega otra nota moderna en un imaginario poblado de adherencias medievales, de inasibles fantasmagorías, de mitos viejos trasegados al continente que, por esos retruécanos de la historia, habría de adoptar el nombre del marino y cosmógrafo florentino Américo Vesputio.

Ramírez es importante en nuestro análisis porque de su relato, y por oposición, se puede extraer lo que él no ve, lo que la crónica no dice. Y lo que no ve con claridad son los hombres que habitan la tierra; es decir, no termina de percibirlos en su dimensión humana. Desde las primeras líneas, las referencias a las tribus indígenas se detienen en su exterioridad, se pasean por su piel sin penetrar su tuétano. Se limitan a describir si andan vestidos o desnudos, si se horadan los labios, si se adornan con pinturas o se comen a sus adversarios. Una y otra vez, las referencias se hallan anudadas a los contactos establecidos con esos seres por dos necesidades básicas de los expedicionarios: obtener bastimentos para la sobrevivencia y noti-



cias sobre la ruta que conduce a la plata y el oro, datos que traccionaban las naves río arriba con más fuerza que los vientos propicios.

Desde el comienzo, la carta refleja la obsesiva búsqueda de los metales preciosos. Apenas llegados al río de Solís, reciben información de que, remontándolo, podían llegar a una sierra en la que “había mucho oro y plata y otro género de metal”, a tal punto que no les costaría mucho “cargar las naos aunque fuesen mayores”.

Y allá marcharon. En ese peregrinaje, los indios fueron, a veces, requeridos proveedores de pescados, calabazas, abatíes y panes de mandioca; en otras, baqueanos que tenían la información del rumbo a seguir.

No se los veía como hombres que tuvieran para dar otra cosa que alimentos y noticias; y para recibir, algo más que cuentas de vidrio. Véase la deformación original de una relación que, con matices, se trabaaría en términos parecidos en toda la geografía de América latina. Por acción del largo brazo de la historia, algunas de sus consecuencias hoy se perciben y padecen en la complejísima problemática social del Gran Buenos Aires y de los anillos de pobreza que ciñen a las principales ciudades del país.

En un pasaje de su relato, Luis Ramírez señala que, Paraguay arriba, la expedición había recogido muestras de oro y plata traídas por los aborígenes y que no las habían recibido en mayor cantidad “por no dar a entender a los indios teníamos codicia de su metal pues sabíamos de cierto lo había”. Y agrega que no querían tomar de los arroyos sino de la fuente. En pocas palabras: no querían porciones, lo querían todo.

Retengamos este dato, porque integra el ADN de nuestro país. Las ideas de una riqueza inagotable oculta en una geografía pródiga; la espera de un hallazgo milagroso que, de un día para el otro, pueda redimirnos de la pobreza; las acciones y hábitos extractivos y apropiatorios que afectan el patrimonio común; la ilusión de “hacer la América” en poco tiempo; la creencia de que una buena cosecha puede salvarnos; el dicho popular que afirma que “Dios es argentino”; el individualismo cerril disimulado en el ropaje de discursos solidarios, la espontaneidad depredatoria, el cálculo de corto plazo, la carencia de políticas de Estado, se vinculan con la frustrante experiencia nacional

de haber destruido en el último medio siglo la sólida plataforma de lanzamiento construida en las décadas precedentes con los materiales provistos por la Constitución de 1853 y sus posteriores reformas.

Como ven, la aventura que Ramírez les contó a sus parientes es un punto de partida para esta reflexión compartida. En verdad, el relato de aquella experiencia que avanza hacia su quinto centenario es también un punto en la trama de una historia que se extiende hasta nuestros días, de un tejido en el que se anudan los hilos de la condición humana en el escenario preciso de la Cuenca del Plata.

Aquel Ramírez casi ignoto nos brinda una jugosa pieza para construir una proposición de orden periodístico, pero a la vez nos suministra material para ir más allá. En realidad, la apetencia de oro que imantó a la expedición de Caboto ofrece otras lecturas que amplían el campo de análisis. El oro es un símbolo, una representación del poder que es, en definitiva, el gran tema. El objeto puede cambiar, pero la cuestión de fondo es la obtención de poder, de alguna clase de poder. La lección del fruto prohibido del árbol bíblico jamás se aprendió. Y la llegada de los europeos a la tierra para ellos desconocida y, en rigor, poco habitada, activó todas las fantasías. Cristóbal Colón llegó a imaginar en las nacientes del río Orinoco la localización del Paraíso terrenal, mientras otros expedicionarios buscaban con denuedo a la mítica Fuente de Juvencia, que expresaba la ilusión de alcanzar la inmortalidad. La mayoría, en cambio, aspiraba a cosas más tangibles, más sensoriales, más concretas; querían el poder temporal que otorgan las riquezas o el mando. Quien más, quien menos, todos tenían propósitos parecidos: poder sobre las cosas, sobre los hombres y sobre la muerte. Para bien y para mal, el hombre comenzaba a ocupar el centro del universo.

En ese contexto, una invención por entonces reciente había magnificado los efectos sociales de la palabra escrita: la imprenta de tipos móviles. El nuevo instrumento permitía ensanchar exponencialmente el campo de difusión de los productos del pensamiento. La modernidad se abría paso, trasponía la línea de creencias y límites cristalizados durante siglos. La palabra empezaba a circular, atrevida, por terrenos antes prohibidos o inaccesibles. Los relatos se multiplicaban. La palabra escrita, los textos impresos, acometían sus

propias aventuras exploratorias en un mundo que expandía sus bordes al compás de las expediciones marítimas.

En ese proceso lleno de vitalidad, que perforaba fronteras físicas y mentales, el poder de la palabra escrita crecía a través de su capacidad de convocatoria, de su eficacia instrumental para transmitir conocimientos, instalar dudas, estimular discusiones, construir imaginarios, promover rupturas, exigir explicaciones, impulsar acuerdos, difundir novedades, interpretar fenómenos, transformar el mundo.

En este revulsivo movimiento que agitaba a Europa impulsándola a otras playas, antiguas fábulas mutaban al encontrar nuevos espacios donde reproducirse. Así, el arribo a América despertó en algunos protagonistas y escritores europeos la ilusión de haber llegado al sitio adecuado para iniciar la redención de la especie humana mediante la concreción de la “Utopía”, que al fin encontraba su lugar, su *topos*, desprendiéndose de la pesada carga del prefijo, de la “U” sustractiva que le impedía su realización terrenal. El hombre podría liberarse al fin de las cadenas que le imponen sus irresolubles conflictos y desarmonías –consigo mismo y con los demás– y que marcan, como un estigma pegajoso, su tránsito por el planeta. Pero el sueño duró poco. Es más, pronto se zambulló en un baño de brutal realismo, algunas de cuyas negativas consecuencias, como ya dije, hoy nos impregnan.

Es interesante consignar este antecedente y algunas de sus implicancias genéticas, porque volverán a aparecer bajo diferentes formas en el transcurso de nuestra historia y se harán visibles en los días que corren.

El periodismo, en suma, ha jugado y juega un papel de señalada importancia en el proceso de autoapropiación de los hombres y de las sociedades, y de efectiva resistencia a las fuerzas centrípetas del poder en cualquiera de sus manifestaciones.

Pero no nos adelantemos. Estábamos situados en la actual geografía de la provincia de Santa Fe a comienzos del siglo XVI, centrados en un lejano antecedente que juzgo válido en tanto se entienda que la esencia del periodismo radica en la acción de comunicar a otros, de comunicarse con otros; en la necesidad de decir, de contar, de analizar, de proponer y cuestionar.

Calcinada por los soles del subtrópico, borroneada por los tierraes que levantaban los vientos del este, oscurecida cada tanto por las mangas de langostas, atacada por las pestes y los indios, curtida por la soledad y las contrariedades, olvidada de la mano de Dios y del rey, la premisa de Santa Fe era sobrevivir, atender la pulsión del *primum vivere* que muchos siglos antes formularon los romanos con su proverbial sentido práctico.

La pequeña ciudad agobiada por las privaciones y los padecimientos, cuya atmósfera existencial penetró, como un escalpelo, la pluma de Libertad Demitropulos en su novela *Río de las congojas*, no ha dejado rastros de documentos manuscritos con intención “periodística”. Hay, sí, un monumental archivo público que acumula todo tipo de papeles oficiales y, también, de actos privados con efectos sobre terceros protocolizados por escribanos. Constituye, sin duda, una cantera de información para historiadores —e incluso para periodistas dedicados a la investigación—, pero es un ramal diferente al del periodismo tanto en la gestación como en la intención del material escrito.

En la publicación *La ciudad de Santa Fe - Sinopsis para la obra de Censo Nacional*, aparecida en 1899, el escritor Floriano Zapata expresa: “Carrera manejaba diestramente la injuria y el sarcasmo, y por más que apareciera muchas veces fulminante, atrevido y desbocado, era imposible dejar de reconocerle brillantes dotes de escritor de pasión y de alma. Las cóleras que suscitaban sus escritos, prueban que sus tiros daban en el blanco”. Al cabo, habría de morir en su ley: atravesado por las balas de un pelotón de fusilamiento.

Era el sino de la época y así habría de ocurrir con las sucesivas publicaciones en el transcurso de la mayor parte del siglo XIX, largo ciclo signado por las guerras civiles y los variados intentos de organizar el país bajo una Constitución. Durante ese proceso de feroces enfrentamientos, la prensa no sería puente sino trinchera.

Para precisar el escenario en el que el periodismo gráfico comenzaba a tomar forma, conviene señalar que la ciudad de Santa Fe, la antigua cabecera jurisdiccional de territorios coloniales devenida capital de una provincia despoblada, contaba en 1800 con alrededor de 4000 habitantes, y hacia 1853, año en que se sancionó la Constitu-

ción, con menos de 6000. La villa del Rosario, que el año anterior se había convertido en ciudad, tenía en ese momento una población más o menos equivalente. De esa reducida cantidad de pobladores, la mayoría era analfabeta. Ambas referencias objetivas permiten dimensionar el círculo de lectores que podía tener una publicación periódica.

Lo notable, en ese marco, era el empeño de algunos hombres por el combate a través de la prensa, así como la intensidad de sus pasiones y la virulencia de sus textos. Las luchas detonadas por los desacuerdos entre los clanes dominantes de la gente principal, asumían formatos ideológicos —y así se manifestaban en los periódicos—, pero en esos planos se mantenían ajenos al pueblo llano, escaso en número, pobre en recursos e impedido de leer y escribir. En realidad, esos pobladores eran movilizados por lazos más primarios pero efectivos, como el afecto por un patrón respetado o la dependencia de un jefe político.

Obligado a migrar una y otra vez por las violentas reacciones que generaban sus publicaciones, este singular personaje que según Antonio Zinny “forma por sí solo una época en la literatura periodística del Río de la Plata”, recaló en Santa Fe hacia 1823. Su acción fue muy importante en el terreno educativo y le dio fuerza al anémico pueblo de San José del Rincón donde instaló una escuela y levantó una iglesia que actualmente integra el patrimonio cultural de la provincia. Pese a los trajines, sus duendes interiores se mantenían inquietos, y en 1825, en una extensa carta dirigida al gobernador Estanislao López para rendir cuentas de sus actividades y notificarlo de sus proyectos, le expresaba que había uno que lo afligía especialmente y para el que le pedía toda su atención.

Se trataba de la redacción e impresión de tres periódicos. Para ello pensaba utilizar la imprenta que había pertenecido al general Carrera y cuyas partes se habían dispersado entre Santa Fe y Entre Ríos. Castañeda las había recuperado, pero, según él mismo dice, le faltaban letras y utensilios. En esa instancia se produjo un hecho que él califica de providencial. Se hizo presente “un extranjero artista, el más cabal que he conocido... nada quiere recibir y anda descalzo como yo. Se llama don Carlos de Saint Felix y es suizo de nación,

capitán mayor que fue del ejército de ingenieros de Napoleón. Este señor no sólo me ha arreglado la prensa supliendo los instrumentos que faltaban, sino que también me ha hecho moldes y armarios de madera, fundido letras y ha provisto cuanto basta para una imprenta lujosa”.

Citamos completo este tramo de la carta porque vale la pena y ofrece elementos reveladores. No importa si, como discuten algunos historiadores, esta prensa llegó efectivamente a funcionar. Los personajes están por encima de ese hecho y contrastan con la realidad sociocultural de Santa Fe. Un periodista ilustrado y un ingeniero napoleónico, forasteros ambos en una ciudad todavía primitiva y careciente, proyectaban poner en marcha una máquina impresora para difundir textos que respondían a la lógica de la modernidad, pero pidiéndole permiso al poder de turno. Con los pies desnudos sobre el suelo arenoso del Rincón, alentaban empresas y sueños difíciles de entender para las gentes del lugar. En el mismo espacio, dimensiones diferentes. Un proyecto de comunicación al que le faltaban receptores. Paradojas de un tiempo de transformaciones.

En cuanto a los títulos, Castañeda se los hace saber a López: *Población y rápido engrandecimiento del Chaco* (al que en su percepción correspondía buena parte de Santa Fe); *El Santafesino a las otras provincias de la antigua Unión*; y *Obras póstumas de nueve sabios que murieron de retención de palabras*, propuesta, esta última, que podía llegar a incrementarse con su propio caso si no lograba expresarse a través de la prensa.

Sus objetivos eran explicitados en la carta: promover en la provincia el gusto por las artes y obtener fondos para sus emprendimientos. Para llevarlos a cabo, manifestaba necesitar que López acreditara y garantizara su persona, que asegurara a todos “que no es el león como lo pintan”, que si alguna vez había hecho algún daño, “fue provocado”, y que “al hombre no se le han de contar las peleas, sino la razón que tuvo”.

A continuación, el fraile escribía: “Protesto no tocar a la Iglesia Católica ni en su doctrina, ni en su moral, ni en la menor de sus ceremonias y ritos; porque estoy convencido de que no es este tiempo oportuno para hacer innovación alguna en estas materias, principalmente sin preceder concordatos con la Silla Apostólica”.

El texto del indómito Castañeda exhibe, blanco sobre negro, dos límites infranqueables para un periodista de la tercera década del siglo XIX en Santa Fe —y en el país inconcluso—: el gobierno y la Iglesia.

A López, el gobernante, le rendía cuentas y mansamente le pedía apoyo. Es que el gobernador de Santa Fe era un caudillo áspero con ideas sustentadas en la experiencia política concreta y en la percepción directa de los hombres más que en la lectura de los filósofos iluministas. En el Estatuto dictado bajo su influjo en 1819, el artículo 5 equiparaba con los deudores del fondo público que hubieren sido ejecutados y con los acusados de algún crimen con prueba aun semiplena a cualquier persona que “por su opinión pública sea enemigo de la causa general de la América, o en especial de la Provincia”. A quienes incurrieren en tal supuesto se les suspenderían las prerrogativas de ciudadano, calidad que sólo recuperarían cuando, “abjurando con hechos los errores, abracen la causa del territorio”.

Respecto de la Iglesia que Castañeda integraba como religioso, las entrelíneas dejan vislumbrar algunas diferencias que juzgaba inoportuno plantear. Esa actitud recuerda a la de Mariano Moreno, el revolucionario de Mayo, el numen racionalista, el apasionado lector y seguidor de Juan Jacobo Rousseau, que al hacer imprimir *El contrato social* escrito por el pensador suizo censuró el capítulo dedicado a la religión porque, según afirmaba, “en estas materias el autor tuvo la desgracia de delirar”.

El proceso es raro y bastante diferente de lo que suelen ser nuestras actuales representaciones mentales de aquel ciclo de transformaciones. Los gobernantes posrevolucionarios encarnaban realidades nuevas, voluntades de ser algo distinto, pero eran, a la vez, astillas de la deshecha monarquía y formaban parte de un tejido cultural que los envolvía como una telaraña. Siglos de historia no se podían borrar de un plumazo.

Lo importante, sin embargo, era expresarse. Ese acto significaba algo así como un ritual de autoapropiación. Pienso, luego existo. Escribo, luego soy. A la salida de una monarquía absoluta, esa experiencia tenía una significación que cuesta dimensionar desde nuestra perspectiva. Y si además la idea se podía publicar, mucho mejor. No importaba

a cuántos llegara, sino el hecho de hacerlo; de escribir e imprimir. Eran novedades existenciales fuertes que venían abriéndose paso a los revolcones y entre claroscuros en el rumbo marcado por las luchas de la independencia norteamericana y la revolución francesa. El siervo se convertía en hombre, el súbdito en ciudadano. Y el ciudadano quería poseerse a sí mismo, hablar, manifestarse, protagonizar y acceder a la propiedad, que era el modo de convertirse en dueño de su destino porque en la nueva escena política sólo los propietarios podían votar. Allí está la clave para entender la importancia que los ordenamientos modernos confieren al derecho de propiedad. La propiedad física era la contracara de la autoapropiación moral del hombre libre.

Por cierto, estos procesos que distintas personas experimentaban dentro del gran movimiento de la historia social eran en los hechos menos sublimes de lo que aparecían en el plano discursivo. A cada paso, la condición humana les recordaba a los protagonistas la insolubilidad de sus contradicciones.

Como se ve, los periódicos se imprimían en Santa Fe pero sin la participación de santafesinos. De modo que, hasta aquí, la ciudad es sólo una referencia física, el lugar donde la prensa proveniente de Buenos Aires se había instalado para esparcir el pensamiento político de intelectuales que representaban a la futura capital de la Argentina y a la Banda Oriental del Uruguay que, como consecuencia del Tratado de Paz, quedaría escindida del cuerpo de la Federación, hecho que gatillaría un feroz ciclo de desencuentro entre los argentinos.

La situación de Santa Fe en materia periodística es sencillo comprenderla: la población era escasa –alrededor de 5000 habitantes en 1830– y mayoritariamente analfabeta. Tanto es así que, desde la expulsión de los jesuitas de los dominios de España en 1767, la ciudad se había visto privada del principal centro de enseñanza de la región en tanto el oscuro hueco de la ignorancia se agrandaba con el correr de las décadas. Esa decadencia, que nos permite una asociación con la flagrante pérdida de calidad educativa en la Argentina de nuestros días, explica la intensidad de ciertas pulsiones primarias. Como escribía Floriano Zapata en 1899, con la ausencia de la Compañía de Jesús se escurría un factor efectivo para “templar con la suavidad de la educación la rudeza de los instintos guerreros”.



Algo parecido podría decirse de Martín Dobrizhoffer (1718-1791), otro religioso ignaciano nacido en Austria, que convivió con indios abipones en la reducción de San Jerónimo del Rey, ubicada al norte de Santa Fe, experiencia que volcó en un libro de mucho interés. O del naturalista español Félix de Azara (1746-1821), que, además de sus registros específicos, nos ha dejado descripciones y relevamientos poblacionales valiosos para reconstruir la historia santafesina.

Pero si estos escritos encierran pasajes que tienen el formato de crónicas, hay otros trabajos que representan más genuinamente a este género, como los que nos han dejado los hermanos John y William Parish Robertson –que trazaron el inolvidable retrato de Francisco Antonio Candiotti, primer gobernador de la provincia–, Woodbine Parish, el mismo Charles Darwin –que incluye en su relato de viaje una incisiva viñeta sobre Santa Fe–. Y, hacia mediados del siglo XIX, Lina Beck-Bernard; su marido, Carlos Beck –autor de un libro en francés que aún no se ha impreso en español–, y William Mac Cann. Ellos nos aportan un gran caudal informativo e incluso de opinión mediante descripciones, enfoques, percepciones, observaciones, evaluaciones y acentuaciones del lugar y sus gentes, incluidas las que elaboraban los papeles oficiales que nutren el enorme repositorio documental del Archivo General de la Provincia de Santa Fe.

Otro clásico referido por las autoras son los *Apuntes para la historia de la provincia de Santa Fe*, realizados por Urbano de Iriondo (1798-1873), anotaciones que abarcan desde la fundación de la ciudad en 1573 hasta 1854, luego de que en ella se sancionara la Constitución confederal. El trabajo, acometido a edad madura, enhebra documentaciones y memorias vivas en textos que se fueron publicando en el periódico *El Eco del Pueblo* para convertirse en libro impreso en 1876, después de su muerte.

A estas dos obras principales, aunque relativamente breves, se deben agregar las *Memorias*, de Domingo Crespo (1791-1871), que el varias veces gobernador provincial empezó a redactar en 1847 al tomar conciencia de la falta de obras que refirieran a la historia de Santa Fe, dato confirmatorio de cuanto antes hemos dicho sobre la pobreza material e intelectual del medio. Las autoras precitadas señalan que el texto compendia la primera mitad del siglo XIX y está dedicado a sus hijos

para que aprovechen “la experiencia que se adquiere no ignorando los sucesos del pasado”, consejo que habría de extenderse a la ciudadanía cuando Manuel Cervera, previa autorización de la familia, las incluyó en el apéndice de su reconocida *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe*, aparecida a comienzos del siglo XX.

La lista se cierra con otras memorias: las de Manuel Leiva (1797-1871), convencional constituyente por Santa Fe en 1853, y las del ex gobernador Juan Pablo López (1792-1886), a las que debe añadirse una *Historia de Santa Fe*, escrita por José María Iriondo (1871-1940). En las obras de todos ellos puede rastrearse la sustancia periodística local que sólo llegó a manifestarse en apuntes manuscritos y compilaciones tardíamente convertidas en algunos artículos periodísticos y unos pocos libros.

Precisamente lo mismo iba a ocurrir diez años después, aunque con signo político contrario, durante la invasión de Lavalle a la provincia de Santa Fe. Nos referimos a la aparición, en 1840, del periódico *El Libertador*, que sumaba al título el lema “¡Viva la Federación, muera Rosas!” y según Zinny no duró mucho más tiempo que el de la permanencia del general Lavalle en la ciudad. Este autor cree que fue redactado por Juan Thompson o Luis Frías y señala que contenía documentos y boletines del autodenominado Ejército Libertador que, a su vez, le transfería su nombre al periódico.

La polaridad ideológica volvió a cambiar cuando llegó al gobierno provincial el general Pascual Echagüe, firme soporte político de Rosas aunque diferente en el tratamiento de sus adversarios. Durante su ciclo aparecieron cuatro publicaciones: *El Eco Santafesino*, redactado por Ruperto Pérez; *El Voto Santafesino*, dirigido por Severo González, un cordobés que era asesor del gobierno; *El Sudamericano*, que tuvo como redactor al uruguayo Marcos Sastre y cuyo lema era el consabido “Viva la Confederación, mueran los salvajes unitarios”; y, por fin, *El álbum santafesino*, que también estuvo a cargo de González y luego, de Pedro Echagüe, como establece en una minuciosa investigación sobre títulos periodísticos, periodistas e imprentas de Santa Fe la Lic. Cintia Mignone.

La taba se volvería a dar vuelta en 1853 con la aparición de *La Voz de la Nación Argentina*, órgano informativo del Congreso Gene-

ral Constituyente que sesionaba en Santa Fe y habría de alumbrar la Constitución confederal de 1853.

Indiferente a lo que hacían los hombres que la manejaban, la vieja máquina imprimía ahora ideas y proposiciones opuestas a las que estaba acostumbrada, mientras los periodistas de Echagüe migraban a las orillas del general Justo José de Urquiza para hacerle prensa al gobernador de Entre Ríos.

Casi al mismo tiempo, en Buenos Aires, el coronel Bartolomé Mitre hacía su profesión de fe en las páginas de *Los Debates*, cuya dirección había asumido. Miguel De Marco la transcribe en la biografía del ex presidente argentino. Es interesante repararla. “La gran pasión de nuestros tiempos –dice– es la pasión del porvenir, es la pasión de la perfectibilidad social. El instrumento de esta pasión de actualidad del nuevo mundo moral es la prensa, primer instrumento de civilización en nuestros días. La prensa ha salido del dominio de la legislación; ha cesado de ser un derecho político, y se ha convertido en una facultad, en un nuevo sentido, en una nueva fuerza orgánica del género humano, su única palanca para obrar sobre sí mismo”.

Y recordando luego a los precursores del periodismo argentino, les rendía homenaje diciendo que “su obra significaba el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta; la preponderancia de las ideas sobre los hechos; la apoteosis de la autoridad moral, dominando desde los sepulcros a los caudillos, que sólo han tenido cuchillos para oponer a la razón”.

Esta exaltación de la racionalidad reconocía implícitamente hasta qué punto ésta había faltado en las décadas precedentes y cómo su ausencia había desbocado las peores pasiones en una sociedad saturada de odios, muerte, dolor y deseos de venganza.

La valoración de la racionalidad como factor positivo de diálogo, acuerdo y organización resulta indiscutible. Sobre todo después de una larga experiencia histórica ensombrecida por la violencia recurrente y destructiva.

Sin embargo, la confianza casi ilimitada de Mitre en la prensa reciclaba la utopía de un nuevo comienzo. La prensa era, en su visión, el instrumento poderoso que el género humano buscaba a tientas desde hacía milenios para redimirse a sí mismo; era, en sus palabras, una

nueva fuerza orgánica del género humano, la única palanca para lograr su transformación. Parecía haberse encontrado el oro filosofal.

A la libertad del hombre, proclamada por las revoluciones norteamericana y francesa, se le proveía la herramienta necesaria para hacerla realidad. El entusiasmo desatado por la caída de Rosas contribuía a creer en una nueva alborada. Ya no se trataba de la tierra nueva que ofrecía una oportunidad para armonizar la convivencia entre los hombres, ni el oro ilusorio que prometía cambiar pobreza por riqueza, ni la fuente de agua milagrosa que borraría la muerte y por lo tanto la angustia. El hombre nuevo nacería del ejercicio racional del periodismo, que iría removiendo antiguas adherencias y fulminando con su luz irresistible los escollos que dificultaban la resolución del intrincado teorema humano y social.

Se iniciaba una nueva expedición a través de la geografía de las ideas y en busca del Paraíso terrenal, que, ya se sabía, no estaba en las nacientes del Orinoco. Esta vez se trataba de una expedición al interior de la sociedad. Pero a poco de andar, la realidad demostraría que, aunque muy importante, el instrumento seleccionado no bastaba para semejante empresa.

En lo que a Santa Fe concierne, luego de la convención constituyente del '53 y hasta 1899, cuando publica su *Sinopsis*, Floriano Zapata enumera setenta títulos periodísticos publicados en esa segunda mitad del siglo XIX. Allí hay un poco de todo, advirtiéndose que las hojas políticas ya no estaban solas; junto a ellas aparecían periódicos y revistas que diversificaban los contenidos mediante el reflejo de las colectividades de inmigrantes, los intereses obreros y las actividades culturales que se extendían con la misma rapidez con la que se expandían las escuelas, las bibliotecas, las academias de arte, los teatros y, sobre finales del siglo, la primera universidad.

De todas maneras, la característica dominante era la política, porque los hombres de letras, los escritores, los historiadores, eran a la vez políticos militantes, y los periódicos, contradiciendo en los hechos la utopía del joven coronel Mitre, seguían siendo instrumentos de lucha. Por lo tanto, más que buscar la verdad en un libre ejercicio racional y en el juego abierto de dialécticas superadoras, se refugia-

ban en las estructuras blindadas del pensamiento partidario y blandían, desafiantes, las banderas de sus respectivos credos.

Al año siguiente –1912–, el Dr. Manuel Menchaca asumía la gobernación de la provincia, y se convertía en el primer mandatario elegido en el país por la Unión Cívica Radical y por aplicación de la Ley Sáenz Peña, que establecía el sufragio universal, secreto y obligatorio para el segmento masculino de la población. Los tiempos se aceleraban, el cambio social motorizado por la inmigración masiva y la revolución educativa abría nuevos espacios de participación, debate y aprendizaje. El flamante puerto de ultramar tomaba volumen de cargas y las entidades gremiales –empresariales y obreras– se reproducían por doquier. En ese colmenar activo que dejaba atrás las características aldeanas y autosuficientes de la vieja Santa Fe, los diarios se multiplicaban como medios de expresión de los nuevos actores que ensanchaban la trama social. Ese año, la población ascendía a 51.203 habitantes, cifra que, comparada con los poco más de 6000 vecinos de 1853, expresaba una tasa de aumento poblacional del 750 por ciento en sesenta años. Entre tanto, el nivel de alfabetos perforaba el techo del 80 por ciento de los habitantes. Por consiguiente, había lectores y un mercado editorial.

Antes de que terminara la década surgiría, en 1937, *La Mañana de Santa Fe*, inspirada por el presbítero Antonio Rodríguez; y en 1942, apenas comenzada la siguiente, vería la luz *Santa Fe de hoy*, conducido por Luis Di Filippo y Zenón Ramírez. A partir de allí, los títulos empezaban a espaciarse. El país ingresaba en otro ciclo de cambios. Declinaba de manera ostensible la asociación económica con el Reino Unido de Gran Bretaña, se nacionalizaba la economía, se promovía la industria del país, aumentaba el nivel de intervención estatal, se acentuaban las migraciones internas a las ciudades, se ponía en marcha un conflictivo proceso de inclusión social, se crispaba la confrontación política y renacían los violentos fantasmas del pasado. Otra vez prevalecían los desacuerdos y despertaban los odios que tanto daño habían provocado a lo largo del siglo XIX. Los diarios reflejarían estas divisiones, alineándose a uno y otro lado de la marca que separaba a peronistas y antiperonistas. El diálogo se tornaba imposible. La prensa acentuaba el sesgo ideológico y volvía a convertir-

se en trinchera. Se disipaba la apuesta a una discusión racional y conducente. Las críticas se endurecían y las respuestas del poder llegaban a través de duras medidas políticas y fiscales. Un tono levantaba el otro. La crisis era irreversible.

Hasta aquí, la cronología casi aséptica, la enumeración fría de apariciones y desapariciones de medios en las últimas décadas, hechos que poco dicen por sí mismos si no se encuadran en el mayor proceso de cambio que haya experimentado la humanidad.

Me refiero específicamente a la segunda mitad del siglo XX, al tramo que va de la posguerra a la globalización de las comunicaciones, las tecnologías, las finanzas y el comercio, ciclo que la Argentina recorrería a contrapelo de las tendencias dominantes y que la hundiría en la frustración y el desasosiego.

El fenómeno de descomposición que sufre el país desvela a analistas propios y extraños. En mi opinión, no puede hablarse de crisis porque ésta es una convulsión acotada en el tiempo y no una situación que, como en nuestro caso, se extiende por décadas. Vale decir al respecto que en esos cincuenta años, el Producto Bruto Nacional creció menos del cincuenta por ciento, en tanto que la población se incrementaba por encima del ciento por ciento. La consiguiente reducción de los ingresos *per capita* se agravaría con políticas de asignación y transferencia entre sectores, hechos que desbalancearían a la sociedad hasta el extremo de un agravante desequilibrio. Se destruiría así un segmento importante de la clase media, que era un factor diferencial de la Argentina en el contexto Latinoamericano y un elemento estabilizador en los frecuentes tramos de turbulencias políticas.

Los sucesivos golpes de Estado rompieron la sacralidad institucional y le abrieron la puerta al facto, el casuismo y la anomia, alteraciones que hoy se traducen en incontrolables conductas individuales, grupales y sociales.

Al mismo tiempo, la intolerancia de miras cortas expulsaba del país a una parte significativa de su más calificada inteligencia y lo privaba de un recurso estratégico en lo que refiere a investigación, capacidad innovadora, desarrollo y competitividad internacional. En paralelo, la pérdida de calidad educativa reponía el analfabetismo

como tema de análisis y discusión. Y ya se sabe que, sin educación, la democracia pierde ciudadanos; la prensa, lectores, y la sociedad, capital humano.

La ruptura de la ley destruía imaginarios cohesionantes, producía desilusión, fuga de capitales e inhibía el diálogo, carencia que con el correr de los años adquiriría el tamaño de una patología social. Las persecuciones ideológicas y la fragmentación política ilegítimaban el poder al tiempo que animaban las más descabelladas aventuras. Militares salvíficos y guerrilleros mesiánicos nos hundían sin consulta previa en un mar de violencia inusitada y aberrante. Los custodios de la tradición y los representantes del “hombre nuevo” se enfrentaban sin cuartel convencidos del poder regenerador de sus respectivas virtudes. Al decir de Guy Fourquin, esta suerte de retorno al “estado de inocencia natural” ha producido en la historia consecuencias inmensas, porque “la confianza en su propia bondad corre pareja, como explica la psicología infantil, con la certidumbre de la culpabilidad de los demás. Y la violencia es la consecuencia lógica de estas dos convicciones unidas”. Una vez más aparecía una utopía redentora. Su protagonista era el “hombre nuevo”; el atajo, la lucha armada. Esta vez, el arma era literalmente el arma, contundente medio expresivo de una convicción integrista. La herramienta ya no era el ejercicio de la razón por los medios de prensa; la purificación llegaba por el fuego y la sangre. Como había ocurrido tantas otras veces, el terreno del reencuentro quedaría minado por largos años.

En ese contexto de coacción moral, riesgo físico, división social y retroceso del país, la prensa nacional, provincial y local hubo de desempeñar su tarea. Lo hizo condicionada por la degradación general y una atmósfera intemperante que a menudo forzaba posiciones no sostenibles en otras circunstancias. El balance sigue siendo provisorio hasta tanto se recreen las condiciones para un diálogo abierto y profundo.

La prensa sufrió, como el país, los avatares de la decadencia expresados, entre otros indicadores, por la disminución de títulos y la reducción del número de lectores. No obstante, no todo es negativo; sigue en pie y es uno de los sectores que más se han modernizado, no sólo en equipos, sino en ideas, conceptos y contenidos. El periodismo

de explicación se abre paso como instancia superadora de las etapas ideológica e informativa; las contiene, pero las excede. En los diarios nacionales, regionales y locales se advierte con fuerza progresiva la puesta en valor de lo propio, no sólo como una respuesta de mercado sino como un saludable proceso de autodescubrimiento, de percepción y ponderación de lo que antes permanecía oculto en la vorágine de acontecimientos de gran escala. Y, por qué no reconocerlo, por la sumisión acrítica a visiones del mundo en las que lo importante siempre se ubicaba fuera de nosotros.

Durante demasiado tiempo, Santa Fe, por ejemplo, no fue noticiable para los santafesinos, ni materia de análisis o tratamiento. De allí el ominoso hueco informativo que oscurece largos periodos de su devenir. La ausencia relativa de escritos e imágenes autorreferenciales y de una sólida producción intelectual sobre sí misma fue percibida en su momento por Domingo Crespo, el ex gobernador que, como ya dijimos, se abocó a la redacción de sus *Memorias* cuando tomó conciencia —en 1847— “de la falta de obras que refirieran a la historia de Santa Fe”.

En ese campo, como en otros, se produce una manifiesta reversión. El periodismo moderniza sus enfoques y sus prácticas, redescubre a la sociedad en la que está inserto, la asume y la refleja. Los diarios agudizan sus análisis, valorizan los recursos visuales que la tecnología facilita, son conscientes de que las noticias —aun las propias— no bastan y exploran nuevos espacios y fórmulas para mejorar la comunicación en términos de calidad, velocidad y exclusividad. No hay descanso.

Para terminar, vale la pena transcribir una reflexión de Floriano Zapata cuando terminaba el siglo XIX. Decía de la prensa: “Si la observamos en todas las épocas, y prescindimos de miserias del momento... la veremos en general echando al surco la semilla de las ideas, que otros han de ver desarrollarse y fructificar en derecho propio.

”Gastadora conciente del progreso, ella ha franqueado el paso y allanado los obstáculos para que el pueblo de Santa Fe entre en las corrientes de una nueva vida y tome la parte que le corresponde en la opima mies de la civilización universal.



”Ella ha desterrado con su prédica incesante muchas preocupaciones que eran antes pasión, rectificado muchas falsas ideas que eran precepto, revolucionado muchas erradas opiniones que eran fe, arruinado muchas intolerancias que eran sistema...

”Ella ha contribuido, en fin, a suavizar las costumbres, a nivelar las clases, a desvincular los privilegios, a disipar las tinieblas de la ignorancia y poner al ciudadano en posesión tranquila de sus legítimos derechos”.

Pese al tiempo transcurrido, el juicio de Zapata mantiene vigencia. Allí radica el valor estratégico del periodismo ejercido en libertad. Ello no significa desconocer vicios, defecciones y lacras que también habitan su mundo interior. Sí, en cambio, reconocer su aptitud para promover transformaciones sociales positivas. Pese a los yerros inexorables, ése es su valor constante. Lejos de las utopías, con los pies en la tierra y sobrellevando sus propias contradicciones, tiene mucho que aportar a la construcción realista de una Argentina que debe olvidarse de los milagros salvadores y apostar al esfuerzo asociado, paciente y consecuente para labrar su futuro.



## Las musas vendedoras

*Por Cora Cané*

En rueda de amigos, contaba Conrado Nalé Roxlo, figura representativamente de nuestra cultura, la respuesta que le dio el jefe de una oficina de publicidad cuando él propuso una innovación en el arte de la propaganda: “Utilizar el verso para vender”, le dijo, sin imaginar la respuesta que recibiría:

–Nosotros necesitamos vendedores de nuestros productos que sepan decir cosas convincentes. No es el caso de ustedes, los escritores y poetas, que para obtener lectores tienen que regalar sus libros a parientes y amigos...

Enterado Nicolás Olivari del frustrado propósito de Nalé Roxlo, escribió a propósito del tema:

Un sotreta jefecillo  
le negó capacidad  
para hacer publicidad  
a un experto en vender grillos...

*La musa de la mala pata*, de Nicolás Olivari, honra así a *El Grillo* de su cofrade Nalé Roxlo.

Muchos reconocidos autores se inspiraron para servir a la publicidad, cuidando que no trascendieran sus nombres al público. Consideraba que ese “trabajo menor” –como lo llamaba– pondría una mancha en su linaje cultural. Le correspondía a *Caras y Caretas*, la revista que marcó una época en nuestro país, barrer con ese prejuicio. Ello ocurrió el 19 de agosto de 1898 cuando en sus páginas introdujo la publicidad en verso. Esta revolucionaria innovación interesó a los avisadores, quienes comprobaron que el público retenía en su memoria los nombres de sus productos a través de versos simples y fáciles de recordar. La novedad ganó otros países. Por ejemplo, en España, Ramón del Valle Inclán escribió esta quarteta:

Retorciendo la filástica  
 un cordelero enfermó,  
 pero al punto se curó.  
 ¿Con qué? ¡Con Harina Plástica!

A Antonio Machado, otro ilustre poeta, se le adjudica la “promoción” –como diríamos ahora– nada menos que de una empresa fúnebre:

Viva la vida dichoso  
 pues todo tiene final,  
 y encargue su funeral  
 a “Pérez, Morros y Troncoso”.

Luis Pardo se inspiró en la Untura Solimano, muy popular en su época:

Desde que al género humano  
 Dios quiso enviar  
 remedio tan soberano,  
 ya no hay reuma articular  
 que resista a Solimano.

Los porteños que transitaron su bohemia y utopías por la Corrientes angosta testimoniaban las bondades de la cocina del restaurante Aue’s Keller. Ellos merecieron el recuerdo de Luis Pardo:

Si Aue’s con su cocina ha pretendido  
 nutrir con el olfato, es cosa cierta  
 que los fines de sobra ha conseguido,  
 pues a más de un hambriento hemos oído  
 que solo con oler desde la puerta,  
 se siente la ilusión de haber comido.

En la época en que Vargas Vila alentaba lo cursi y sensiblero, estaban de moda los consultorios sentimentales. El más popular de éstos lo conducía una misteriosa “Z.Z.”. El Vizconde de Lascano

Tegui –querida e inolvidable figura del antiguo Buenos Aires romántico– se inspiró:

Para señoras discretas,  
para niñas casaderas,  
soy una almohada secreta  
y una eficaz consejera.  
Confíale a “Z.Z.”  
–32, Cortada Vera–  
y verás como sin tretas  
seré tu amiga sincera.

También a Lascano Tegui se le atribuye esta publicidad:

Para el caballero obsequioso,  
para la dama gentil,  
no hay regalo más pomposo  
que la loción “Tres Sutil”  
la del perfume oloroso  
y la intención sex-appeal.

Hasta el mismísimo César Tiempo se ganó algunos pesos escribiendo lo que él llamaba “versitos de morondanga”, mientras dedicaba su talento a sus libros memorables:

Tiembla el orbe, cruje el cielo:  
¡ha nacido Bulantié!  
Es la crema prodigiosa  
que puso fin al acné.

León Felipe, abandonando la seriedad de su obra, escribió un ovillejo que ponderaba las virtudes de un dentífrico:

–¿Qué me receta, doctor?  
–Licor.  
–¿Licor me manda tan solo?

–Del Polo.  
–¿Y de qué Polo prescribe?  
–De Uribe  
Dicen que ya nadie vive  
con la dentadura sana,  
si no usa por la mañana  
Licor del Polo de Uribe.

Muchos de esos “versitos” tienen vigencia en algunas memorias.  
Por ejemplo:

Casa Muñoz, Casa Muñoz,  
donde un peso vale dos.

Venga del aire del sol,  
del vino o de la cerveza,  
cualquier dolor de cabeza  
se quita con un Geniol.

En la época actual han desaparecido los prejuicios que impulsaban a mantener en secreto la autoría de la propaganda en verso. Y para bien de los publicistas, los “sotretas jefecillos” –como el que vapuleó a Nalé Roxlo– son una especie social en proceso de exterminio.

## Presentaciones de libros

1) *Orígenes de la libertad de prensa en la Argentina*, de Armando Alonso Piñeiro

El 14 de septiembre último se realizó en el local de la Editorial Dunker la presentación de *Orígenes de la libertad de prensa en la Argentina*, libro de nuestro colega Armando Alonso Piñeiro, publicado por esta Academia Nacional de Periodismo. Se refirieron a la obra los académicos Fernando Sánchez Zinny y Lauro Laíño, quienes encajaron los valores de este notable trabajo de investigación acerca de los primeros periódicos argentinos en los albores de nuestra Independencia. Ambos presentadores destacaron la incidencia que tuvieron en esos periódicos los avatares históricos y la relación –de adhesión o rechazo– que caracterizó a dichas hojas impresas frente a los sucesivos gobiernos, lo que en última instancia describe e ilustra, como muy bien lo ha hecho Alonso Piñeiro, el derrotero seguido por la libertad de prensa durante ese período.

Después de agradecer a los académicos Laíño y Sánchez Zinny por sus brillantes exposiciones, el Dr. Alonso Piñeiro expresó, entre otros conceptos:

“Me voy a permitir referirme muy someramente a la significación que le adjudico a mi nueva obra. Con ella he tratado de probar documentalmente las fuentes de la libertad de prensa en la Argentina, aun con los inevitables abusos que se suceden en todos los tiempos y todos los países.

“Hay todavía mucho que analizar y estudiar, pero lo contenido en este pequeño volumen ayuda a inaugurar renovados caminos para la investigación sobre el tema. Lo importante es que queda en claro la preocupación por el derecho a la información y a la opinión que desasosegaban a aquellos Padres Fundadores del periodismo argentino.

“Y de nada servirían estas páginas si no tenemos en claro que deben constituir los fundamentos principistas del problema que siglo tras siglo se viene repitiendo en el mundo en que vivimos: la lucha por la libertad de expresión es permanente y nunca está ganada. La Argentina ha venido sufriendo yo diría que desde siempre los avatares de esta dicotomía entre gobiernos autoritarios y prensa libre. Pero, a su vez, esta prensa libre debe asumir con valentía los deberes implícitos de su profesión, no en una autocensura repudiable, sino en una autorregulación que cumpla con el compromiso fundamental de su función: informar y opinar responsablemente. Informar cruzando las fuentes una y otra vez. Opinar con moderación para, como decía Sarmiento, educar al soberano.

“Crear que la libertad de prensa es privativa de la comunidad en general, implica diluir esta libertad, efectuando un acto transversal para quitarles a los medios de comunicación el cumplimiento de sus funciones específicas. Sólo en el desarrollo constante de la actividad periodística, en el perfeccionamiento profesional y en el repudio a todo intento de presión por parte de determinados poderes, encontraremos la garantía de nuestra honestidad cotidiana.

“Que así sea”.

2) *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, de Mario Tesler

Con anterioridad –el 29 de julio–, también la sede de la Editorial Dunken había sido escenario de la presentación de otro libro editado por la Academia Nacional de Periodismo. Se trató de *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, documentada obra del historiador Mario Tesler, quien, además, desde hace varios años es investigador adscrito a esa institución pública, que a la vez alberga a nuestra Corporación. En esa tarea, Tesler ha acreditado un muy extenso conocimiento del material que la Biblioteca atesora y de las circunstancias históricas que han permitido reunirlo.

En esta oportunidad, el empeño del historiador se centró en precisar datos acerca de las diversas publicaciones con las que, en el



transcurso de más de 120 años, la Biblioteca ha procurado atender sus cometidos en materia de difusión entre los estudiosos del material que guarda y también en cuanto a disponer de un elemento de canje de informaciones útil para quienes realizan investigaciones en otras instituciones similares, y, en tiempos más cercanos, finalidades de específica extensión cultural.

En particular, Tesler ha dedicado un especial empeño en exponer los diversos criterios que imperaron en el transcurso de ese lapso, desde las experiencias iniciales que protagonizaron en el siglo XIX Manuel Ricardo Trelles y Paul Groussac, hasta las más bien episódicas y poco trascendentes concretadas de los últimos años, cuando el deseo de dar a conocer las actividades y posibilidades de la Biblioteca fue reemplazado por el más circunscrito interés de dar vida a una publicación cultural, intención sin duda generosa pero que –a juicio de Tesler– ha redundado en que la Biblioteca carezca hoy de un órgano de aparición periódica susceptible de actuar como adecuado instrumento de complementación de las tareas que en ella se realizan.

La obra fue presentada por los académicos Enrique Mario Mayochi y Fernando Sánchez Zinny y por el propio autor, quien, al agradecer las expresiones con que habían puesto de relieve la importancia de su trabajo, trazó una prolija exposición acerca de los criterios metodológicos e ideológicos que presidieron su realización.

## Premios a la Creatividad 2004

Como todos los años, la Academia Nacional de Periodismo realizó su concurso “Creatividad 2004”, dedicado en esta oportunidad a premiar la semblanza de un periodista argentino. Se recibieron 126 trabajos, de entre los cuales el jurado, integrado por Enriqueta Muñiz, Enrique Oliva, Enrique Maceira y Roberto Maidana, con la presidencia de Fermín Fèvre, resolvió otorgar las siguientes distinciones: Primer Premio, consistente en diploma y \$3.000, a Claudio Casademont, de la Ciudad de Buenos Aires, por su trabajo “El Fracaso de Juana Manso”; Segundo Premio, diploma y \$2.000, para Ernesto Martinchuk, también de Buenos Aires, por “Manuel Belgrano también fue periodista”; y Tercer Premio, diploma y \$1.000, a Luis Alberto Salvarezza, de Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos, por su trabajo “Fray Mocho”. Asimismo, el jurado resolvió otorgar menciones a Adrián Ignacio Pignatelli, de Temperley, provincia de Buenos Aires, por “Eustaquio Pellicer”; a Sebastián Gustavo Alessandrello, de La Lucila, provincia de Buenos Aires, por “Roberto Arlt: Caminar sobre hielo”; a Andrea Karina Carabetta, de Punta Alta, provincia de Buenos Aires, por “Verónica Schro, periodista todo terreno”; y a Pablo Samuel Wahrar, de la Ciudad de Buenos Aires, por “José de España: el periodista humanista”.

El jurado puso de manifiesto “el elevado nivel de la mayor parte de los trabajos recibidos, así como el hecho de que la mayoría de los mismos provengan de diferentes latitudes del país”.

Los trabajos premiados serán publicados el año próximo por esta Academia.

## Historia del periodismo argentino

La Academia Nacional de Periodismo ha resuelto encarar la redacción de una historia general del periodismo argentino, trabajo por demás complejo y vasto cuya concreción demandará tiempo y que se irá traduciendo en la aparición de sucesivos volúmenes en los que se abordarán aspectos parciales de ese tema.

El plan general de la obra es el de presentar el origen y la evolución del periodismo en esta ciudad y en cada una de las provincias, mediante exposiciones hechas por estudiosos –o grupos de estudiosos– que serán convocados al efecto, y cuyo cometido abarcará, asimismo, el proporcionar datos pormenorizados acerca de modalidades y especializaciones de la labor periodística y sobre personalidades que se hayan destacados en ella, aparte de la secuencia cronológica tradicional.

En el seno de la Academia, una comisión presidida por el miembro de número Armando Alonso Piñeiro se encargará de organizar ese trabajo.



## Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo

- Boletines N° 1 a 15 (1997 a 2004).
- *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, por Enrique Mario Mayochi, 1998.
- *Guía histórica de los medios gráficos argentinos en el siglo XIX*, 1998.
- *El otro Moreno*, por Germán Sopeña, 2000.
- *Orígenes periodísticos de la crítica de arte*, por Fermín Fèvre, 2001.
- *Periodismo y empatía*, por Ulises Barrera, 2001.
- *Homenaje a Félix H. Laíño*, 2001.
- *Sarmiento y el periodismo*, por Armando Alonso Piñeiro, 2001.
- *El periodismo como deber social*, por Lauro F. Laíño, 2001.
- *Historia de la idea democrática*, por Mariano Grondona, 2002.
- *Música argentina y mundial*, por Napoleón Cabrera, 2002.
- *Premios a la Creatividad 2001*, por Diez, Pérez y Rudman, 2002.
- *Cara a cara con el mundo*, por Martín Allica, 2002.
- *La identidad de los argentinos, sus virtudes y peligros*, por Enrique Oliva, 2002.
- *Gerchunoff o el vellocino de la literatura*, por Bernardo Ezequiel Koremblit, 2003.

- *La responsabilidad social y la función educativa de los medios de comunicación*, por Rafael Braun, Pedro Simoncini y Federico Peltzer, 2003.
- *Premios a la Creatividad 2002*, por Jiménez Corte, Rimoldi y Altabás, 2003.
- *Revista de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, por Mario Tesler, 2004.
- *Orígenes de la libertad de prensa*, por Armando Alonso Piñeiro, 2004.
- *“La Prensa” que he vivido*, por Enrique J. Maceira, 2004.
- *El periodismo cordobés y los años '80 del siglo XIX*, por Efraín U. Bischoff, 2004.
- *Tres batallas por la libertad de prensa*, por Alberto Ricardo Dalla Via, 2004.
- *Doctrina de la real malicia*, por Gregorio Badeni, 2004.

# Indice

Incorporaciones académicas .....	5
Poetas en el periodismo .....	9
La moral de la prensa .....	27
Adolfo Calle, <i>Los Andes</i> y la cultura de Mendoza .....	35
Periodismo de Santa Fe (Origen y desarrollo) .....	55
Las musas vendedoras .....	75
Presentaciones de libros .....	79
Premios a la Creatividad 2004 .....	82
Historia del periodismo argentino .....	83



Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken  
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires  
Telefax: 4954-7300 / 4954-7700  
E-mail: [info@dunken.com.ar](mailto:info@dunken.com.ar)  
[www.dunken.com.ar](http://www.dunken.com.ar)  
Diciembre de 2004